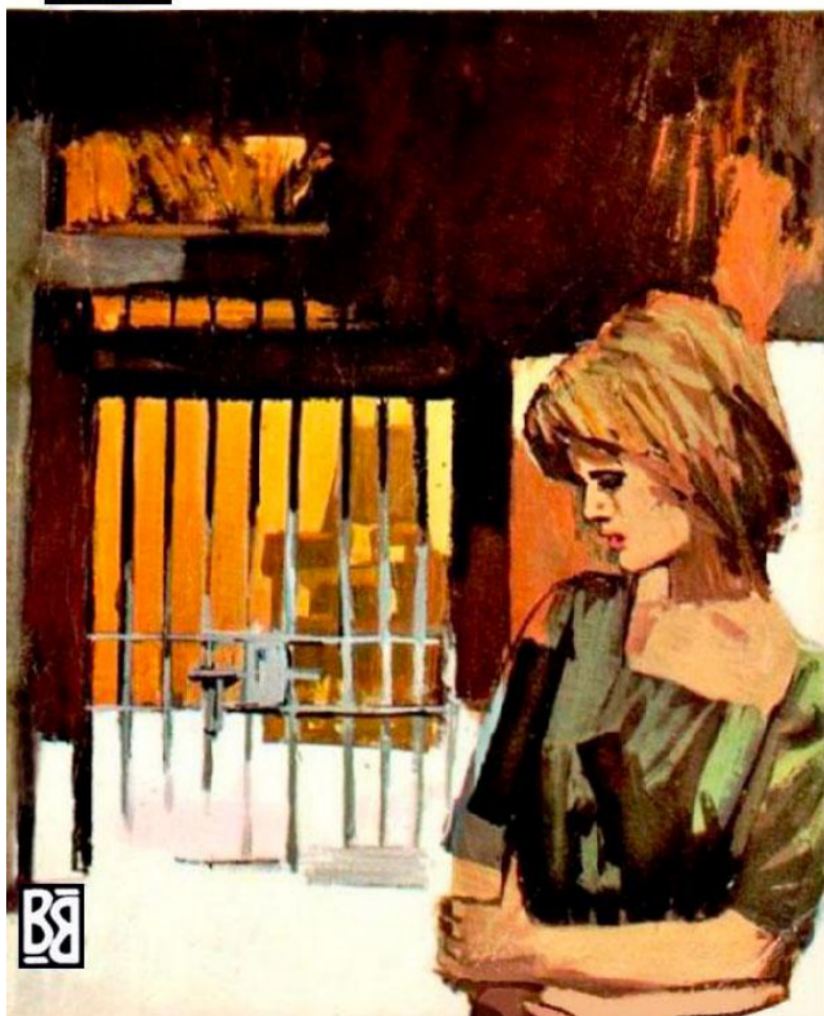


PUNTO
ROJO

EL ACCIDENTE

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL ACCIDENTE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 346

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 35.246 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: diciembre, 1968

© VIC LOGAN - 1968
sobre la parte literaria

© DESILO - 1968
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección AMAPOLA:
860 — Impetuosa juventud.
- En Colección ALONDRA:
805 — Maniquí.
- En Colección CAMELIA:
717 — Unidos por un secreto.
- En Colección MADREPERLA:
1.033 — 24 horas para soñar.
- En Colección PIMPINELA:
1.127 — Te amo, Irene.
- En Colección ROSAURA:
979 — La muralla.
- En Colección LEGIONES BLANCAS:
260 — Un hombre llegó en la noche.
- En Colección KATRINA:
87 — Tu vida es mía.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
935 — Jaque a una mujer.

PRÓLOGO

I

Noviembre de 1962

Las fuerzas de las Naciones Unidas (Cascos azules) ocupan militarmente Katanga.

El teniente John Grayson, cae mal herido en su puesto de escucha. Sus últimas palabras las transmite a su amigo Stuart Gordon.

—Tú ganas, Stuart... De ésta no salgo, pero no hagas ningún daño a Stella...

—¡Johnny! ¡Johnny! —exclamó Stuart por su radio—. ¿Qué ha pasado? Habla, habla...

Pero la radio de su amigo ya no volvió a funcionar.

Y en medio de explosiones, en un estado completamente caótico, continuó aquella extraña guerra.

Tres meses más tarde, en un hospital de Katanga.

—¡Johnny! —exclamó Stuart con su ancha y franca sonrisa—. ¿Parece que todo va mejor, eh?

—Eso dicen. Me alegro que hayas venido, Stuart. ¿Qué sabes de Stella?

Stuart frunció el entrecejo.

—¿No le has escrito?

—¿Para qué? Ya lo hiciste tú por mí.

—Johnny... Yo la quiero.

—¡Ya! —sonrió despectivamente Johnny volviéndole la cabeza.

—Nunca lo has creído... Piensas que me interesa únicamente su dinero.

—¿Y no es así, Stuart?

—¡Vamos, Johnny! No he venido a discutir contigo. Soy tu amigo.

—Yo no tengo amigos.

—Escríbele entonces, dile que la quieres. Que sea ella quien elija.

—Ni siquiera sé si podré volver a andar con mis propias piernas... No sé qué tal regirá mi cabeza después de que hayan terminado conmigo. ¿Crees que en estas condiciones puedo competir contigo? Yo la quiero, Stuart, y precisamente por esto es por lo que no me casaría, con ella sin estar seguro de que mis condiciones físicas... —calló al ver llegar a un médico con una de las enfermeras.

—Johnny —replicó lentamente Stuart tras un silencio—. Ella me quiere a mí. Me lo ha dicho... En su última carta dice que se casará conmigo a mi regreso, y seremos felices. Yo me casaría con ella aunque fuese pobre. Lo creas o no. —No lo creo y vete ya.

Stuart extendió la mano hacia Johnny.

—He dicho que te largues.

—Pobre Johnny —murmuró Stuart con voz casi imperceptible.

II

Junio de 1963.

La boda entre Stuart Gordon y Stella Lester se celebró con gran solemnidad, tal como correspondía al rango de los Lester.

La luna de miel tuvo lugar en un lugar, de la costa californiana. En una de las lujosas villas de los Lester.

—No lo puedo creer, Stella, te miro, vuelvo a mirarte y casi me parece imposible... Tú y yo. Marido y mujer —murmuraba Stuart, cariñoso y apasionado entrechándola entre sus brazos.

—Soy tuya, Stuart. Tuya... hasta que la muerte nos separe.

Por la amplia pared acristalada, podía verse el horizonte azul del Pacífico, desde lo alto del acantilado.

Stuart pulsó el control a distancia para correr las cortinas. Era más íntimo.

Volvió hacia su mujer la estrechó entre sus brazos, mientras

susurraba:

—Hasta que la muerte nos separe...

El hombre había estado observando la casa desde todos los ángulos. La zona rocosa y abrupta ofrecía excelentes puntos de camuflaje para ver sin ser visto.

Y el hombre tenía muy buen cuidado en que nadie pudiera verle.

Ahora, ellos. —Stella y Stuart—, se estaban bañando en la pequeña playa privada. Era una magnífica ocasión para...

Sí. Era una magnífica ocasión para entrar en la casa.

Con el mayor sigilo, el desconocido pasó al interior de la suntuosa villa. Recorrió algunas de las dependencias y, al final, eligió el amplio *living* como escenario de sus manipulaciones.

Durante varios minutos estuvo trabajando bajo el amplio y confortable sofá. Después se alejó con el mismo sigilo con que había entrado.

Stuart y Stella estaban otra vez en su nido, arrullándose.

—¡Oh, tómate otra semana, Stuart! —Runruneaba ella—. Otra semana, cariño.

—No me lo digas dos veces —sonrió él.

—Pues te lo digo...

—No puede ser, cielo... ¿No comprendes? Tengo que trabajar... Le prometí a tu padre que mañana...

Ella le cerró la boca con un beso.

—Mañana... Yo hablaré con papá y...

—No, Stella. No quiero que piensen que soy un vago. Para mí también será un día muy largo.

Desde las rocas el extraño espía con un diminuto auricular pegado a la oreja podía escuchar todo cuanto en la villa la pareja estaba hablando.

III

Nueva York, dos días más tarde.

El reactor especial de las fuerzas de las Naciones Unidas tomó

tierra en el aeropuerto.

Entre los oficiales y soldados que formaban la expedición figuraba John Grayson. Para andar se apoyaba en un bastón.

Avanzó una sonrisa en los labios al comprobar que alguien le esperaba. Alguien que corrió hacia él para abrazarle.

—¡Jane!

—¡Johnny! Gracias a Dios que vuelves a casa...

—¿Por qué no me dijiste que me esperarías aquí? Creí que estarías en San Francisco.

—No he tenido paciencia para esperar más horas, querido hermano... Ya sufrí bastante cuando supe que te habían herido. Stuart vino a verme. Me dijo que estabas bien.

El rostro de Johnny se ensombreció. Jane creyó comprender.

—¡Johnny! El se ha casado, acéptalo.

—Sí, hermanita, claro... Ahora ya no tiene remedio. —Hizo una transición—. ¿Cómo están los amigos? Los... «verdaderos amigos».

—Esperándote para darte una fiesta —sonrió su hermana.

—Bueno. —Johnny miró en torno suyo—, aunque todos los aeropuertos se parezcan..., éste es distinto. Ahora ya estoy en casa.

IV

San Francisco, al día siguiente, 8 de la tarde.

La casa de los hermanos Grayson daba idea de que la posición de éstos, sin llegar a la altura de los Lester, era bastante saneada.

El gran salón estaba lleno de invitados que Jane atendía feliz, porque para ella el regreso de su hermano era todo un acontecimiento, y le gustaba comprobar que los viejos amigos no le habían olvidado.

Johnny llevaba ya una buena dosis de combinados y era, naturalmente, el centro de atracción de todos...

Me parece —murmuró, que me conviene un poco de aire fresco... Seguid, seguid— dijo, dirigiéndose hacia la terraza.

Allí, desde la colina, la panorámica de San Francisco era impresionante con las luces, la bahía, el *golden gate*...

Pero Johnny no había salido para admirar la belleza urbanística,

ni siquiera para serenarse.

Ray Lamont, uno de los invitados estaba allí y él había salido para hablar con él.

A Johnny le pareció que de pronto se le hubiesen disipado los vapores del alcohol.

—¿Y bien, Ray?

El aludido se acodó a su lado en la barandilla de la terraza.

—Hice todo lo que me pediste, Johnny.

—Quiero conocer todos los detalles.

—Son una pareja normal. Johnny. Se quieren...

—No te he pedido tu opinión, Ray. Te pago por lo que convinimos.

—Está bien, Johnny... He estado observando la casa, he oído cómo hablaban... Y ya ves hasta me repugnaba lo que estaba haciendo. Créeme Johnny... No está bien andar espiando a una pareja.

—¿Te han visto?

—No.

Johnny quedó pensativo unos instantes.

—No la quiere, Ray —dijo, mirando al vacío—. Stuart no ama a Stella. Se casó por su dinero y yo le desenmascararé.

—No conseguirás nada, Johnny, Se quieren.

—Stuart te ha engañado con sus buenas palabras... Apuesto a que cuando oías sus arrumacos le creías el mayor de los enamorados.

—Me daba asco, Johnny, palabra.

—Tú no eres mucho mejor que Stuart, Ray... Lo hiciste por dinero... Harías cualquier cosa por dinero. Me daís asco los que pensáis así. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes.

—Toma —se los entregó—. Hay dos mil. Lo convenido. Nunca habías tenido tanto.

Ray Lamont los tomó y los guardó.

—Aunque tengas razón, aunque Stuart Gordon sea un granuja y logres desenmascararle, nunca conseguirás a la chica.

Johnny se volvió mirando a Ray al tiempo que fruncía el entrecejo.

—¿Qué pretendes insinuar?

—Se casaron por la iglesia católica, Johnny. No existe el

divorcio entre católicos.

—Y tú qué sabes cuáles son mis planes, Ray... Alguien salió a la terraza. Johnny añadió:

—Finge que no te encuentras bien y lárgate. Mañana tienes que madrugar. A las ocho en el aeropuerto.

—¿Dónde vamos?

—A Arizona... Tengo algunos pequeños negocios allí. Tú vendrás en calidad de secretario. Y fingiéndose borracho añadió: —Yo tampoco me encuentro nada bien, ¿sabes? Buf... Llevaba siglos sin beber y he perdido la costumbre. Pero tengo que aguantar por los amigos... Adiós, Ray... Y no olvides lo que hemos hablado, hip...

Sí. Johnny era un perfecto borracho, pero..., ¿qué tramaba?

V

Diez de la mañana del día siguiente.

Desde la terraza de la villa de la costa, Stuart vio cómo Stella sacaba el coche del garaje.

Ella miró hacia arriba y saludó con una mano.

—¡*Chao!*

—Espera. ¿Dónde vas?

—Es un secreto. Lo siento, cariño...

—Espera... Coge el otro coche.

—Adiós, maridito.

—¡Por Dios Stella, espera! —gritó casi desesperadamente Stuart, pero ella ya no le escuchaba.

Había salido del pequeño parque y tomaba la carretera.

Stuart corrió como un loco hacia la parte trasera de la terraza.

—¡Stella! Para el coche... Detente. ¡Stella!

Inútil. Ya no podía ni oírle.

Y el coche se deslizaba por la pendiente erizada de curvas, siempre en línea descendente hacia la general.

Le gustaba correr y sabía conducir. Apretaba el acelerador... Se acercaba la doble curva, la más peligrosa. Allí tenía que frenar, pisó el pedal y respondió, pero no el volante. Intentó girar y no pudo.

Pisó a fondo el freno.

Demasiado tarde. El precipicio estaba allí y el coche salió volando dando una trágica pirueta en el aire hasta que se estrelló en las puntiagudas rocas al mismo tiempo que una horrísima explosión convertía todo en llamas.

Aquella misma tarde, en Phoenix, Arizona, Johnny leía la noticia en los periódicos. Lamont a su lado, en el bar, permanecía en silencio.

Johnny apretó las mandíbulas.

—El la ha matado... Ha sido él...

—Johnny... —empezó Lamont.

—Ahora es dueño de toda la fortuna...

—Johnny... Serénate. Escucha.

—Cállate, Ray... Ha sido él. ¿Me comprendes? *Ha sido él.*

VI

—Sabía que el coche no iba bien de frenos, lo estuve revisando la noche anterior —explicó Stuart a su suegro.

—No han sido los frenos, hijo, ha sido la dirección.

—¿La dirección?

—La compañía ha investigado las causas del accidente y no hay lugar a dudas.

—¿La compañía?

—¿No sabías que Stella había hecho un seguro de vida a tu nombre?

—No...

—Fue como si lo presintiera... Le dije que era una tontería. A ti no te iba a faltar nada. Eres mi yerno y...

Stuart se volvió hacia el amplio ventanal del despacho de su suegro. Miró a la calle. Todo parecía tan normal...

—Cobrarás medio millón de dólares —siguió diciendo su suegro—. Si no quieres continuar trabajando conmigo.

—Ahora no... Deme unos días, creo que los necesito, luego podrá contar conmigo.

Al señor Lester le dio uno de sus frecuentes ataques de tos.

Stuart buscó alrededor hasta encontrar el frasco...

—Tómese sus píldoras —murmuró mientras llenaba de agua un vaso de papel que sacó de un aparato automático.

Lester se calmó tras tomar las pastillas.

—¡Me habría gustado tanto tener un nieto! ¡Oh, Dios...! Estoy mal, Stuart... Muy mal.

—Cálmese. Todos estamos igual... A mí también me cuesta trabajo creer que Stella...

—¿Volverás a la casa? —Preguntó el viejo Lester tras un silencio.

—Ahora no. Creo que no podría. Más... más adelante, iré a buscar mis cosas.

VII

En Arizona. Dos días después...

—Eres idiota, Ray... Completamente idiota.

En la habitación del hotel, Johnny daba vueltas como león enjaulado.

—Lo siento. Yo no podía pensar...

—Tú nunca piensas nada... Pero el micrófono está allí. Si lo descubren...

—Tú dijiste que el asesino había sido Stuart.

—Claro que sí... Pero si descubren que hay un micrófono... Stuart Gordon no es ningún idiota. Es más listo de lo que crees. Hará que se haga una investigación.

—Lo sacaré de allí, Johnny.

—Sí... —replicó pensativamente Johnny—. Tomarás el avión de las ocho.

—¿No vendrás conmigo?

—Por supuesto que sí... Pero antes... he de cerrar la venta de esas tierras. En dos horas me dará tiempo. Tú ve al aeropuerto. Llévate el equipaje.

—¿No me necesitas?

—Por el momento no. Es cuestión de una firma.

—Johnny... Cuando termine todo esto... ¿Seguirás

necesitándome? ¿Quiero decir si... si de veras querrás que siga siendo tu secretario?

Johnny sonrió.

—No sé lo que haría sin ti, Ray. De veras. No sé lo que haría sin ti.

Y Ray Lamont no supo si tomárselo en serio o en broma. De todos modos le convenía estar bien con Johnny, porque sabía ser generoso y a Ray Lamont le gustaba —como a casi todo el mundo— mucho, muchísimo llevar los bolsillos repletos de dinero.

VIII

En vuelo desde Arizona a San Francisco.

La azafata atendió al caballero que ocupaba uno de los primeros asientos.

Alguien dijo que era un senador que acompañaba a una importante personalidad extranjera.

El resto de los viajeros lo formaban trece personas, además del personal de la tripulación.

El birreactor seguía su vuelo normal.

Lo que ya no era tan normal era el extraño tic tac apagado que surgía de una de las maletas del compartimento de equipajes.

Un tic tac que iba creciendo, creciendo, creciendo...

El avión estalló en vuelo.

Mil pedazos envueltos en llamas se esparcieron por el aire. El alpinista que fue testigo presencial de la escena miraba con ojos atónitos el dantesco espectáculo.

Fue muy difícil recomponer los restos del aparato y de las personas. Pero allí estaban las dieciocho personas. Trece pasajeros y cinco tripulantes.

Los periódicos, con grandes titulares, señalaban el hecho como un sabotaje. Los técnicos así lo afirmaron:

«CRIMEN POLÍTICO»

«DIECIOCHO SERES HUMANOS PAGAN LAS
CONSECUENCIAS DE UN FANÁTICO» «LOS ENEMIGOS

DEL PAÍS»

Estos y otros titulares podían leerse en todos los periódicos de los Estados Unidos.

Jane, la hermana de Johnny Grayson, conteniendo el llanto estaba sentada frente al representante de la compañía aérea.

—No existe la menor duda, señorita Grayson. Su hermano viajaba en el avión. Por sus papeles ha podido ser identificado.

Le entregó un envoltorio...

—Sabemos que esto le pertenecía.

Ella abrió el envoltorio. Papeles chamuscados y un brazalete tenía una inscripción. «A mi querida hermana Jane».

Ahora sí que Jane lloró, lloró todo lo que había estado conteniendo. Lloró porque con la muerte de su hermana desaparecía todo lo que le quedaba. Todo menos...

Arthur Sheridan la ayudó a salir de allí. Arthur era su novio. En realidad se conocían poco, y Arthur se decidió a pedirle relaciones en ausencia de su hermano.

—Sí... Arthur era todo lo que tenía, pero no por ello olvidaba a Johnny. Habían vivido tan unidos...

IX

Había algo que los periódicos silenciaron. Al FBI no le convenía divulgarlo.

El agente especial Talbot dio el informe completo a su jefe.

—¿Está completamente seguro, Talbot? —preguntó el superior.

—Sí, señor...

—Esto significa...

El agente le entregó la lista de pasajeros. El inspector fijó su atención en uno de los nombres: RAY LAMONT.

—No estaba entre los cadáveres. —Y a un ademán del inspector, Talbot añadió—: Sí, ya sé que ha sido muy difícil recomponerlos y que incluso faltan miembros, brazos, piernas. El valle es profundo, y aunque se buscó a fondo, indudablemente ha podido quedar algún resto, pero aún así, falta un cadáver.

—¿Qué dice la compañía?

—Que el avión salió completo. Con los trece pasajeros —replicó el agente Talbot.

—Entonces, el tal Ray Lamont tiene que estar.

—Pudo lanzarse en paracaídas, momentos antes. He comprobado que en el tipo de aviones que utiliza la compañía existe una puerta de emergencia junto a los lavabos.

El inspector dudó unos instantes y, al fin, murmuró:

—¿Y ese alpinista no vio nada?

—No.

—Pero vio cómo estallaba el avión.

—El viento iba en sentido contrario. Suponiendo que Ray se lanzara un minuto antes, el alpinista no pudo verlo, porque existe una cima en aquel lugar, justo a espaldas de ese alpinista, y él sólo podía ver lo que tenía enfrente.

—¿Y nadie más pudo ver al supuesto paracaidista? —insistió el inspector.

El agente Talbot negó con la cabeza.

—Aquella zona, antes de la colina es completamente desértica. Ni una sola casa en muchas millas a la redonda.

—Bien, suponiendo que el tal Ray Lamont saltara, debía tenerlo planeado. Un coche esperándole, o algo parecido.

—También lo hemos comprobado. En la zona existe una carretera sin asfaltar, un camino vecinal, pero no existe la menor huella de neumáticos, y el primer pueblo está a cincuenta millas.

—¿Montaron vigilancia?

—Por todos los alrededores, jefe. Nadie a visto a ningún forastero.

—Pues si ese Lamont saltó, no puede haberse esfumado. ¡Búsquenle!

—Es lo que estamos haciendo, señor. La zona está siendo registrada palmo a palmo. Cuatro helicópteros observan desde el aire. Y así llevamos tres días.

—Sigán buscando, Talbot. Hemos de atrapar al responsable. Busquen a Lamont en el subsuelo, donde sea, pero quiero verle en este despacho. ¿Me comprende?

—Sí, inspector. A mí también me gustaría ponerle la mano encima —concluyó el agente Talbot.

X

En la villa de la costa del Pacífico, una semana más tarde.

Stuart había recogido todas sus pertenencias. Las tenía, en el coche. Junto al armario acariciaba la ropa de Stella. En el salón, una mujer efectuaba la limpieza.

—Señor Gordon, señor Gordon —llamó de pronto, interrumpiendo a Stuart.

—¿Qué quiere? —inquirió saliendo de la alcoba.

La mujer le mostró un pequeño aparatito, provisto de un palito metálico. A ella le pareció un extraño objeto.

—He encontrado esto... ¿Tiene algún valor? Estaba debajo del sofá...

Stuart lo tomó entre sus manos. El sí que sabía lo que era aquello.

¡Un micrófono!

Su rostro se contrajo. Su expresión se tornó dura. Luego pareció serenarse.

—Bien, déjelo todo y váyase.

—Pero, señor, si todavía no he...

—He dicho que se vaya. Voy a cerrar la casa.

—Como usted quiera, señor.

—Dese prisa.

Momentos después la mujer abandonaba la villa. Desde la terraza, Stuart la observó cómo se alejaba montada, en una motocicleta.

El seguía con el micrófono en la mano, pensativo, ausente.

Al fin, lo guardó en su bolsillo. Tomó la última maleta y la cargó al coche.

Cerró la casa. Dio una mirada alrededor. Le pareció oír como un chasquido, algo indefinido.

Abrió la guantera del auto y sacó su «Colt» treinta y ocho, automático. Revólver en mano se acercó a la zona rocosa. Se mantuvo expectante, aguzando el oído.

No vio ni oyó nada nuevo.

El suave viento arrastró un poco de polvo. Un pequeño guijarro resbaló por la pendiente y produjo un chasquido al chocar en su

caída contra una roca.

Stuart sonrió. No. No había nadie espiando. Subió al coche y guardó el revólver. Antes de arrancar tomó entre sus manos el diminuto, pero eficaz micrófono. Lo guardó también en la guantera después de sostenerlo pensativamente durante unos instantes.

Al fin dio el encendido y puso el coche en marcha.

En el cementerio, Jane y Arthur Sheridan depositaban unas flores sobre la tumba de Johnny Grayson.

El inspector Talbot del FBI, esperaba sombrero en mano a unos metros de distancia.

Cuando la pareja, dejó la tumba, Talbot, avanzó hacia ellos.

Jane le miró con desprecio.

—¿Otra vez usted? Ya le dije todo lo que sabía.

—Créame de veras que siento más de lo que supone tener que molestarla.

—Oiga, inspector... —empezó Arthur.

—Sólo agente. Agente especial —rectificó Talbot.

—Mire —siguió Arthur—. El hecho de que el hermano de la señorita fuese amigo de Ray Lamont no le da derecho a molestarnos a cada momento. Si creen que Lamont es culpable, bien que lo pagó...

—Nadie lleva consigo un explosivo que sabe que puede matarle a sí mismo —adujo el policía—. ¿Lo haría alguno de ustedes?

—¿Qué es lo que quiere ahora? —preguntó el joven.

—Creemos que Lamont no ha muerto. Esto es secreto, por supuesto.

—¿No dicen que viajaba en el avión con mi hermano? —inquirió Jane rápidamente.

—Sí. Pero pudo saltar antes en paracaídas.

—Entonces, es tarea suya encontrarlo, no nuestra —adujo Arthur, secamente.

—Hemos averiguado los antecedentes de Lamont. No hay nada delictivo, aunque no se le conocía ningún trabajo concreto... Un día aquí, otro allí...

—Esto no es de nuestra incumbencia —replicó ella.

—No, pero puesto que era amigo de su hermano, puede que intente ponerse en contacto con usted, pedirle ayuda.

—Mire, agente —replicó Jane tras un silencio—, si Lamont

apareciera, si yo tuviera además la certeza de que él ha sido el causante de la muerte de Johnny, creo que sería capaz hasta de... matarle.

—Sí, lo comprendo... Pero si le viera, conténgase... y avísenos. Es todo cuanto quería decirle... Y perdone que les haya importunado en un lugar como éste, pero... prefiero que me vean poco por su casa. Todas las precauciones son pocas.

Talbot, se despidió con una incipiente reverencia. La pareja siguió por el sendero.

Fuera de la necrópolis, el agente tomó su coche y Arthur el suyo. Más allá, en un camino de cipreses había un tercer vehículo. El de Stuart Gordon...

Stuart lo puso en marcha cuando los otros estaban bastante lejos y no podían reparar en su presencia.

Y concluyó un nuevo día. Exactamente el 8 de julio del año 1963.

CAPÍTULO PRIMERO

8 de julio de 1967

En una playa de Cornwalles, en Inglaterra.

Entre la multitud de ingleses —o de inglesas— que tomaban el sol en el lujoso balneario, destacaba Laura Banion. Porque Laura parecía una de esas muchachas a las que el bikini —el minibikini— les sienta como una segunda piel.

Su perfecta silueta volvía más de una mirada masculina, con lo que se demostraba que la flema inglesa no está reñida con el buen gusto.

Stuart Gordon, todo y con estar a su lado, era el que menos parecía mirarla —tal vez porque sus pensamientos estaban lejos de todo cuanto le rodeaba—, sin embargo, hablaba con ella y su voz sonaba fría, impersonal.

—¿Piensa pasar las vacaciones en España? —le preguntó casi por decir algo.

—No lo he decidido todavía.

—Le advierto que no voy a necesitarla. Regreso a los Estados Unidos dentro de una semana. He permanecido demasiado tiempo fuera de mi país y mi presencia allí empieza a ser necesaria.

—Usted sólo piensa en trabajar, señor Gordon.

—¿Qué debería hacer, según usted?

—Tomarse unas buenas vacaciones.

—Muchos opinan que los jefes de las grandes empresas están continuamente de vacaciones.

—Algunos tal vez, pero sé que usted no.

Laura hablaba mirándole a los ojos, había respeto en su conversación, pero también había un mucho de admiración. No era

la única secretaria que se sentía atraída hacia su jefe.

—Llevo dos años trabajando con usted —siguió ella—. Y ha convertido la filial en una poderosa empresa.

—Sí. Supongo que mi suegro, en paz descanse, se sentiría orgulloso de mí. —Y lo dijo de un modo amargo.

—Señor Gordon —replicó ella con una sonrisa comprensiva— olvide el pasado. Viva el presente...

—¿Qué sabe usted de mi pasado?

—Lo poco que usted me ha contado.

—Ya...

—Y algo que he averiguado sin proponérmelo.

—¿Y qué ha averiguado usted?

Un desconocido —uno de tantos bañistas—, observaba a la pareja y no precisamente a Laura, sino a los dos en general.

Era un hombre que podía tener la misma edad que Stuart, de cabellos más bien rubios, ojos achinados —aunque no orientales—, mandíbula cuadrada, rasgos firmes en general. Había una sonrisa en sus labios.

Se acercó a la pareja y entonces sí que se dirigió concretamente a Laura.

—¿Qué tal, señorita Banion? No esperaba encontrarla por aquí.

—¡Oh, señor Fox...! —Él le dio la mano que ella estrechó suavemente—. Le presento a mi jefe, el señor Stuart Gordon. El señor Donald Fox. Somos vecinos.

—He oído hablar de usted, señor Gordon. Un as de las finanzas. Dicen que todo lo que toca Stuart Gordon se convierte en oro.

—No crea todo lo que le digan —replicó Stuart, fastidiado, porque aquel tipo había interrumpido su conversación.

—¡Oh! No lo tome a reproche, yo tampoco puedo quejarme... Mi profesión es más modesta, pero da para vivir.

Laura puntualizó:

—El señor Fox es detective privado.

Fox sonrió, complacido.

—Si alguna vez puedo serle útil. Ya sabe..., insolvencias fingidas, vigilancia de conductas, pesquisas. Bueno, y hasta de guardaespaldas.

—No necesito nada de esto por el momento.

Un mozo salió del bar del balneario voceando:

—Llaman al señor Gordon. Señor Stuart Gordon al teléfono...
Llaman al señor Gordon.

Stuart se puso en pie.

—Ni en domingo le dejan a uno tranquilo —sonrió el detective
—. Pero esto también me pasa a mí cuando estoy en pleno trabajo...

—Disculpen —pidió Stuart, alejándose.

El mozo le indicó:

—En la cabina segunda, señor Gordon.

—Gracias.

—Gordon al habla. ¿Quién es?

—La voz del pasado, Stuart —respondió una voz que parecía natural.

—¿Qué? ¿Qué diablos dice usted?

—He dicho que soy la voz del pasado...

—Si tiene ganas de gastar bromas... —cortó Stuart, pero la voz le interrumpió tajante:

—¿Acaso considera que fue una broma lo que ocurrió hace cuatro años en cierta villa de la costa del Pacífico, Stuart?

—Oiga... ¿Quién es usted?

Nadie le contestó. El clic al otro lado del hilo le indicó que su interlocutor había colgado.

Cuando salió, vio que Laura seguía hablando amigablemente con Fox. Carraspeó, La llamada le había inquietado. Trató de serenarse. Al fin se dirigió hacia ellos.

Laura preguntó:

—¿Algo importante, señor Gordon?

—Pues... No... Al menos, creo que no.

Fox, el detective, se levantó diciendo:

—Les invito a un aperitivo. ¿Aceptan?

—Por mí no, gracias. Si quiere usted, Laura —replicó Stuart.

—No. Tampoco me apetece.

Fox sonrió.

—Bueno, pues... No quiero estorbar. Encantado, Gordon. Hasta la vista, señorita Laura.

Stuart permaneció silencioso, pensativo.

—Parece como si esta llamada le hubiera impresionado. ¿De veras no son malas noticias?

—Era... una broma, supongo —murmuró Stuart.

CAPÍTULO II

Estaban sentados en el restaurante. —Laura y Stuart—, callados los dos. Ella parecía observar sus más íntimas reacciones. El rostro del hombre se mostraba impenetrable, pero parecía hallarse lejos, muy lejos de aquella mesa, de aquel lugar frecuentado por millonarios.

—Como sabe —dijo al fin Stuart—. La he invitado porque he de celebrar una entrevista con unos señores y tal vez tenga que tomar usted alguna nota.

—Ya lo sé, señor Gordon. Y ojalá siempre el trabajo fuese tan agradable... Un viaje a Cornwalles, una magnífica mañana en la playa.

—Aun así se la retribuirá por ello. Es trabajo.

Ella pareció un tanto dolida por aquellas palabras tan frías.

—Pero, señor Gordon... Si cualquiera lo hubiese aceptado encantada.

—Me gusta aclarar las cosas, Laura. No quiero que nadie piense... En fin, ya usted me comprende. Ha pasado el fin de semana conmigo y...

—¡Oh! Eso son prejuicios. Yo estoy por encima de lo que diga la gente. Además, la secretaria de una persona como usted está obligada a acompañar a su jefe... Por favor, no hable de pagarme. Ya me da usted lo suficiente.

—Es usted una buena chica, Laura. La echaré de menos cuando regrese a los Estados Unidos.

—¡Oh! Esto es un halago.

—Trabaja usted bien y... en fin, quiero que vea en mis palabras que sé apreciar a las personas.

—Si de veras cree que me necesita, hay una solución.

—¿Sí?

—Nunca he estado en América. Me gustaría conocer sus costumbres... Yo, como usted sabe, no tengo a nadie, estoy sola.

—¿Quiere decir que estaría dispuesta a venir conmigo?

—Si puedo serle útil...

—Hummm... No sé. Acusaría el cambio. Ahora no sé qué decirle. Además, allí ya tengo el personal...

—Bueno. No voy a insistir, pero me gustaría. —Y le miraba a los ojos.

Stuart sonrió.

—Lo pensaré.

Se produjo un breve silencio. Ambos se miraban. Quizá Stuart, sin darse cuenta también, sentía por aquella bella muchacha un interés que iba más allá del simple trato entre jefe y secretaria.

La pausa fue interrumpida con la llegada de dos hombres. Eran los que esperaba Stuart.

Comerían juntos. Cerrarían un negocio. Cosas corrientes en el mundo de los hombres de empresa.

Fue, sin embargo, durante el café y los licores que el cuarteto tomaban en el salón contiguo cuando algo rompió la monotonía.

Un mozo avisó a Stuart que le llamaban por teléfono. Llevaba consigo el aparato portátil que enchufó junto a la mesa y se lo entregó.

—¿No ha dicho quién era? —preguntó Stuart.

—No, señor. Pero ha insistido mucho en hablar con usted.

—Gracias.

Antes de ponerse al habla, Stuart había palidecido, aunque hacía esfuerzos para que ninguno de los que estaban en la mesa se apercibiera de ello. Laura, sin embargo, se había dado cuenta.

—¿Diga? Sí. Soy Gordon.

La voz que sonó al otro lado del hilo era distinta de la vez anterior. Ahora el que hablaba parecía que trataba de fingirla. Sonaba muy queda, pero bien clara:

—Hola, Stuart... Es de nuevo el pasado quien te habla.

—¿Quién es y qué quiere?

—El día de la venganza se acerca.

—No sé de qué me habla.

—Tú mataste a Stella. Tu crimen quedó impune, pero no para mí. Yo haré justicia, Stuart. Pero primero quiero que sufras un poco... —Ya no dijo más. Colgó.

Todas las miradas estaban pendientes de Stuart.

—¿Malas noticias? —inquirió uno de los hombres.

—Alguien que quiere gastarme una broma... Soy bastante conocido y... En fin, sigamos con lo nuestro.

CAPÍTULO III

De regreso en el «Rolls» de Stuart, Laura murmuró:

—¿No confía en mí?

—Sabe que sí, Laura.

—Entonces... ¿Por qué no me dice por qué le han impresionado tanto esas dos llamadas? —preguntó ella.

—No tienen nada que ver con el trabajo, Laura. Ya se lo he dicho. Debe tratarse de una broma. —Pero no lo dijo con la seguridad con que solía hablar normalmente.

—Bien —replicó ella—. No quiero que me tilde de fisgona... Yo sólo trataba de ayudarle.

—No podría, Laura.

—¿Por qué no?

El condujo silencioso durante unos instantes. Se fijó en el retrovisor. Detrás marchaba un coche a la misma velocidad. Stuart no le perdió de vista. Laura miró también hacia atrás.

Stuart aminoró la marcha, el auto que llevaban detrás también pareció aflojar.

—¿Cree que nos siguen? —murmuró ella.

—Ahora lo sabremos —replicó él.

La carretera era sinuosa, pero Stuart pisó a fondo el acelerador. Atento a las curvas no dejaba de mirar por el retrovisor. El coche seguidor también había aumentado la velocidad.

—¿Qué ocurre, señor Gordon? —preguntó Laura.

—No lo sé... Pero si ese coche se acerca, agáchese por si acaso...

—¿Acaso teme que...?

La distancia entre los dos autos no era mucha.

A una milla había un cruce. El indicador señalaba un pueblo del

interior.

Stuart sin dudarlo torció por la carretera secundaria. El auto que venía detrás se acercaba velozmente. Su chófer había podido ver perfectamente cómo el «Rolls» tomaba la otra carretera.

Stuart se detuvo y sacó el revólver de la guantera. Saltó del coche y dijo a Laura:

—Crea que siento todo esto... Pero venga conmigo.

Se acurrucaron tras unos setos.

Segundos después el coche pasó de largo.

Laura lanzó un suspiro.

—No nos seguía —murmuró Stuart guardándose el revólver en el bolsillo.

Volvieron al coche.

—Ha conseguido asustarme —dijo ella.

El puso en marcha el «Rolls», dio marcha atrás para tomar nuevamente la carretera general.

—Quizá cuando oiga lo que voy a decirle, Laura..., decida buscarse otro empleo —murmuró él serenamente.

—¿Por qué dice eso? —preguntó ella.

—¿Quería saber algo de esas dos llamadas, verdad? Pues bien... Me amenazaron de muerte.

—¡No es posible!

—Sí lo es...

—Pero ¿por qué...?

—Es una larga historia, aunque no logro saber quién puede...

—Debe avisar a la policía, señor Gordon —dijo ella rápidamente.

—No, Laura. No puedo avisar a la policía —replicó Stuart.

CAPÍTULO IV

Peggy Ryan no tenía las piernas tan bonitas como Laura, pero sabía mostrarlas con generosidad y coquetería gracias a su superminifalda.

Mientras esperaba en la antesala del despacho de Stuart, Laura miraba a la muchacha con aire de reproche.

—Ya le dije que el señor Gordon está muy ocupado. Deme usted los documentos y yo misma se los daré.

—Yo también le he dicho que tengo que entregárselos personalmente. El señor Carrington es muy exigente y usted sabe lo importante que es el señor Carrington... ¿Verdad?

Laura se contuvo. Dio la vuelta y entró en el despacho de su jefe.

Era lunes, el día siguiente de los sucesos de Cornwalles:

—Es esa señorita... La secretaria del señor Carrington. Insiste en verle personalmente.

—Bueno, hágala pasar. La despacharé enseguida. No vayamos a ponernos a mal con Carrington.

Peggy pasó al despacho de Stuart con aire triunfal ante la furibunda mirada de Laura que cerró la puerta tras ella.

Se sentó en uno de los sillones antes de que Stuart se lo indicara y cruzó las piernas sin importarle enseñar palmo más o palmo menos de sus piernas:

—Perdone, señor Gordon... Insistí en verle no porque el señor Carrington me lo hubiese pedido, pero es que necesitaba hablar con usted.

—¿Conmigo? ¿Sobre qué?

—Quiero dejar al señor Carrington...

—¿Quiere decir que desea un nuevo empleo? —Exactamente.

—Pues vaya a una agencia de colocaciones. Es el lugar más indicado.

—¡Oh, señor Gordon! Yo preferiría trabajar con usted... Tiene fama de hombre serio y... Bueno... Yo... El señor Carrington..., no es que sea mala persona, pero a veces... No sé si me entiende, se muestra... demasiado afectuoso. ¡Oh! Es un viejo verde.

Stuart la miró unos instantes y se fijó en sus piernas:

—¿Ha probado de vestirse con un poco más de decencia?

—¡Señor Gordon! Insinúa que yo... Pero si es la moda... Y si un hombre pierde la cabeza por tan poca cosa... —Y cruzó las piernas significativamente.

—Vístase como quiera, señorita...

—Ryan... Peggy Ryan.

—No necesito a ninguna empleada. —Se interrumpió para tomar el intercomunicador.

La voz de Laura anunció:

—Una llamada para usted, señor Gordon. No ha dicho su nombre.

—Tómela usted, Laura.

—Es personal.

—Entonces cuelgue —replicó Stuart.

—Sí, señor.

Se volvió hacia Peggy para añadir:

—Como le decía, la plantilla está completa.

Peggy sonrió:

—¿No necesita siquiera una telefonista, señor Gordon?

—¿Una telefonista?

—Para comprobar ciertas llamadas del exterior... Como esa que no quiso atender, por ejemplo.

Stuart la miró fijamente:

—¿Qué quiere decir?

—Señor Gordon, además de estar harta de Carrington..., he tenido ocasión de conocer a cierta persona muy interesada en usted...

De nuevo interrumpió el intercomunicador.

—Es la misma voz, señor Gordon —anunció Laura—. Insiste en hablarle.

—Está bien, pásame la comunicación.

No sorprendió en absoluto a Stuart oír aquella voz en forma de falsete que le decía:

—El momento se acerca, Stuart. Hasta muy pronto. —Y el que había hablado colgó.

Stuart, colgó también.

—Hable, Peggy —pidió gravemente Stuart.

La voz de la muchacha estaba a tono con su aspecto, llámesele ye-yé,

hipie o cualquier apelativo signo de los tiempos.

Parecía ingenua y hablaba de forma sencilla pero segura:

—No tengo nada más que decirle.

—¿Qué hay de ese individuo?

—¡Oh! Lo conocí en un baile... Hablamos, quiso saber dónde trabajaba y unió el nombre de Carrington al suyo... Bueno, entre gentes de negocios ya se sabe... Pero yo vi que estaba muy interesado en usted.

—¿Cómo era ese hombre?

—Vulgar... Alto, sí, alto, un metro ochenta, como usted. Y joven... Bailaba bien y hablaba muy bien, bueno, sólo le vi un par de veces, y me preguntó su número de teléfono. Dijo que quería gastarle una broma que le pondría muy nervioso... Dijo también que todos los grandes personajes tienen un pasado que ocultar.

—El número de la compañía viene en todas las guías.

—Pero él quería saber el número privado. Usted tiene un número privado.

—Sí.

—Y el señor Carrington lo tiene anotado en una libreta.

—¿Y le dio usted mi número?

—Claro que no... Yo soy..., como soy, pero no hablo de secretos profesionales. En el teléfono pueden comprobarse las llamadas, se retiene la línea... En fin, he pensado que quizá podría convenirle.

—Dígame dónde está ese... «bromista» y me hará un servicio mucho mejor, que sabré agradeceré, claro.

—Lo siento. No puedo hacerlo.

—Entonces váyase de aquí. No le daré el empleo.

—No me ha entendido, señor Gordon. No es que trate de forzarle para que me dé un empleo. Es que no sé dónde vive Joe.

—¿Se llama Joe?

—Eso dijo... Y sólo le he visto un par de veces. El sí que sabe dónde vivo yo porque dejé que me acompañara. Es posible que vuelva a verle.

—Está bien, Peggy... Puede que le dé ese empleo. Y si vuelve a ver a ese Joe... Dele mi número particular.

—¡Oh! ¿Entonces...? ¿Puedo contar con un puesto en su oficina?

—Sí. Pero antes hablaré con Carrington.

—Por favor... No le diga lo que le he dicho respecto a él.

—Puede irse, Peggy. Y vuelva... Bueno... Ya le avisaré en cuanto tenga que volver. ¡Ah! Y tome nota de mi número privado —y le mostró el número anotado en el teléfono particular.

—Me acordaré —replicó ella—. Tengo buena memoria.

Cuando Peggy se hubo marchado, Stuart quedó pensativo.

¿Aquella chica formaba parte del juego que estaba tramando alguien, o intervenía de buena fe?

No podía contestarse a aquella pregunta pero tenía un lema irrefutable: Mejor tener al enemigo lo más cerca posible para poderle vigilar.

Tomó el teléfono para llamar a Carrington.

CAPÍTULO V

Carrington cedió a su secretaria, como un favor especial.

Y en los tres días que transcurrieron desde que Peggy Ryan ocupó un puesto en la centralita telefónica de la compañía, las llamadas anónimas para Stuart Gordon se sucedieron a razón de dos por día. Pero fue imposible localizarlas.

La «Voz» utilizaba teléfonos públicos, centrales telefónicas, estaciones ferroviarias. Nunca llamaba desde el mismo sitio.

Aquella noche Stuart anunció a Laura:

—Saldré más temprano de lo de costumbre. Puede marcharse si quiere.

Luego Laura averiguó que su jefe, salía con Peggy, y mentalmente le maldijo por haber aceptado a aquella muchacha frívola e ingenua a la vez.

A través del ventanal les vio subir en el «Rolls» de Stuart y su rostro se contrajo.

En el auto Stuart dijo a su joven acompañante:

—Quiero que me lleve exactamente al lugar donde conoció a ese Joe.

—¡Oh! No es un sitio para usted...

—¿Por qué no?

—Bueno. Va gente joven... ¡Oh! No es que usted sea viejo ni mucho menos. A mí me gustan los hombres maduros, son más... más interesantes y tienen mayor experiencia.

—Peggy, quiero que quede bien claro que si le he pedido que saliera conmigo esta noche es únicamente para intentar localizar al... «bromista».

—Pero si, suponiendo, que le encontremos me ve con usted se largará.

—Usted entrará sola... ¿No fue sola la primera vez?

—Sí...

—Pues hará lo mismo. Cuando lleguemos yo aparcaré el coche una esquina antes. ¿Hay algún bar cerca de ese sitio?

—Sí. Justo enfrente.

—Pues la esperaré allí. Si ve a ese Joe, dígame que tiene ganas de ir a otro sitio, cualquier excusa, la cuestión es que salgan los dos juntos. Así yo podré ver quién es... Les seguiré. Usted diviértase con él, luego cuando el tal Joe quede solo le seguiré hasta su casa.

—Hummm —murmuró Peggy de mala gana—. Yo creía que usted quería salir conmigo.

—¿Y qué iba a hacer en uno de esos antros? Me ha pasado la edad de bailar esas cosas.

—Pues vayamos a otro sitio.

—No, Peggy. Quiero saber quién es ese Joe.

—Eso suponiendo que esté allí —replicó ella de mal humor.

Stuart quedó esperando en el bar de enfrente sin perder de vista la entrada del local, donde a juzgar por la cantidad de parejas jóvenes que entraban debía ser un sitio de moda y estar lleno hasta los topes.

Situado en la barra cerca de la salida, se hizo servir un *whisky*.

Apenas habían transcurrido cinco minutos cuando el barman alzando la voz preguntó:

—¿Alguien se llama Gordon?

—Sí. Yo —declaró Stuart.

—Le llaman por teléfono. Ahí al fondo. —Y le indicó el lugar donde estaba instalado el aparato.

¿Quién podía saber que estaba allí? Sólo Peggy... Tal vez le llamaba desde dentro del local.

Tomó el aparato:

—Gordon al habla. ¿Quién es?

Del otro lado del hilo sonó aquella voz con falsete:

—¿De veras esperas descubrirme, Stuart? Estoy en todas partes. Soy yo el que sé dónde te encuentras... Esto se acaba, Stuart, esto se acaba. Empieza a rezar. La justicia caerá sobre ti.

No dijo más. Colgó.

Stuart entornó los ojos.

De pronto había tenido una idea: ¡Peggy! Sólo ella sabía dónde se dirigían. Sólo ella. ¡Y lo supo cuando estaba en el coche!

Bien... Entonces sólo cabía pensar que Peggy era la cómplice.

Corrió hacia la salida, dejando unos chelines sobre el mostrador. Cruzó la calle y entró como un alud en *el* salón de enfrente.

Ni el portero tuvo tiempo de retenerle:

—¡Eh, usted!

Stuart se mezcló entre la gente. Aquello era una auténtica barahúnda humana. La potencialización de los aparatos electrónicos del conjunto, lograban apagar el bullicio reinante, el griterío de una juventud que parecía enloquecer colectivamente mientras danzaba. ¿Era baile aquello?, al compás de unos ruidos ensordecedores. Las parejas sudorosas se contorsionaban, gritaban como posesos en una especie de danza selvática.

Stuart se abrió paso a empujones, buscando a Peggy.

Resultaba difícil encontrar a alguien entre la multitud..., y seguían llegando nuevas parejas.

El bar estaba lleno, pero él seguía buscando, empujando y empujado a la vez.

Buscaba. Tenía alerta todos sus reflejos (los que más de una vez le habían servido para salvar la vida en Katanga). Buscaba y aquello por un momento se le antojó como un gran campamento de los mau-maus

con sus ritos salvajes, con sus danzas frenéticas.

Recorrió a trompicones el local.

¡Sí! Allí estaba. Allí estaba Peggy con un sujeto. No podía verle bien, pero indudablemente estaban discutiendo. No bailaban.

Stuart saltó sobre una mesa. Les vio en el otro extremo como se dirigían hacia la salida.

«¡Escapan!», pensó.

De nuevo los empujones hasta abrirse paso. Quería alcanzarles. A los dos.

Una avalancha humana le vino encima.

Una muchacha sufría un ataque de histerismo, otros bailaban en torno a ella mientras la chica gritaba y pataleaba en el suelo. ¡Civilización!

¡Oh! No era tiempo para pensar en nada. Tenía que alcanzar la puerta, tenía que cogerlos a los dos...

Cuando consiguió llegar y salir fuera respiró más tranquilo, dentro de aquel antro era difícil hacerlo, pero lo principal, lo que él

buscaba ya no estaba allí. Ni rastro de Peggy, ni de su acompañante.

Se volvió hacia el portero:

—Oiga... Acaba de salir una pareja... Una muchacha más bien baja. El tipo era alto...

—¡Aquí entran y salen continuamente! ¿Cómo quiere que pueda fijarme en todo el mundo?

—¡Me interesa esa pareja! Ella llevaba una falda granate, muy corta. El... No sé, quizá pantalón tejano, creo que vestía una camisa a cuadros.

—Son tantos...

—Haga memoria, —deprisa...— le enseñó dos libras. —¿Dónde se han dirigido?

—Humm... No sé..., puede que hacia la derecha..., No estoy muy seguro.

Stuart no esperó más. Salió corriendo y saltó materialmente hacia el interior de su «Rolls» que puso en marcha inmediatamente.

Siguió por la calle que le había indicado el portero. A unos doscientos metros se estrechaba y bifurcaba en dos direcciones distintas en forma de «v». Una era dirección prohibida para vehículos. Tomó la otra.

Llegó a una pequeña plazoleta. Dio la vuelta.

No sabía qué dirección tomar. En la calle de enfrente a unos cien metros vio el luminoso de otro *dancing*. Era también dirección prohibida. Dejó el coche estacionado y corrió hacia aquella parte.

¡Allí estaban! Sí... Se estaban despidiendo. Peggy salió corriendo por una callejuela transversal. El chico sin prisas se metió en un bar.

Jadeante Stuart llegó en el mismo instante en que el joven se disponía a cruzar el umbral.

Le detuvo de un manotazo.

—¡Eh! ¿Qué le pasa? —exclamó el muchacho.

Debía tener veintidós o veintitrés años y era poseedor de un rostro insolente, desafiante.

Stuart le agarró por la camisa:

—Tú y yo vamos a hablar muchachito... ¡Vamos a tu casa!

—Oiga... No tiene derecho a...

Stuart descargó su derecha por dos veces. Las bofetadas

depusieron la actitud del joven:

—No me obligues a llevarte a rastras... ¡Vamos!

—Oiga. Yo no le conozco...

—¿De veras? ¡Vamos...! ¿O quieres que te obligue con otros argumentos?

No. El joven no tenía agallas suficientes ante la actitud de un hombre como Stuart, que poseía toda la virilidad de un viejo luchador y que en aquellos momentos su actitud demostraba bien a las claras que estaba dispuesto a todo.

—Está bien, vamos donde usted quiera pero si es por culpa de esa chica le aseguro que...

—Sigue adelante. Deprisa... Y no hables. Lo harás cuando yo le lo diga.

CAPÍTULO VI

Dos buenos directos en la mandíbula y un zurdazo en el estómago bastaron para dejar «groggy» al hipie.

Los acontecimientos se desarrollaron en un descampado, cercado por vallas.

—Basta, basta... —pidió el joven arrodillado. Imploraba clemencia, porque le costaba trabajo además poder levantarse.

Stuart le levantó casi en vilo:

—Ahora hablarás... Porque de lo contrario acabaré contigo... ¡Vamos! ¿Quién te paga? ¿Quién te ordena que me llames por teléfono?

A duras penas el joven podía hablar:

—Le juro que no sé de qué me habla... De veras... Se lo juro...

—¿De qué conoces a Peggy?

—La vi hoy por primera vez. Estaba solo, ella también, le pedí que bailáramos... Me dijo que no. Yo insistí... Es una chica extraña. No la había visto nunca. Le doy mi palabra.

—¿Dónde vives? ¿Cuál es tu casa?

—A dos manzanas... Déjeme, por favor. No puedo ir a mi casa en este estado. No quiero que me vean...

—¿Con quién vives?

—Con mis... mis padres. Por favor. Le he dicho la verdad. Yo no le he llamado nunca a usted. Nunca le había visto, ni a la chica tampoco.

Casi a rastras Stuart le sacó del rincón.

—¡Vamos! —dijo con energía empujándole—. Quiero saber dónde vives.

—Es... Es ahí...

Le acompañó por el oscuro callejón. Al final se abría una calle más ancha, un barrio más bien humilde. El chico señaló la casa:

—Es allí. El número veintidós.

—¿Qué piso?

—El primero... Pero no quiero ir ahora. ¡Oh! Podría..., podría denunciarle a la policía por esto —añadió el joven.

—Sí. Podrías...

—Yo no sé quién es usted.

—Todavía no estoy muy seguro de que me hayas dicha la verdad, pero ten cuidado, Joe... Mucho cuidado.

—Se equivoca otra vez, mi nombre no es Joe. Me llamo Alan... Alan Kingslay. Pregunte... Todo el barrio me conoce.

Stuart le dejó.

No olvidaría su rostro aunque... Tal vez el muchacho le había dicho la verdad.

Pero no podía fiarse de nada ni de nadie.

Peggy agrandó los ojos con aquella actitud ingenua que la caracterizaba:

—¡Señor Gordon! ¿Cómo puede pensar esto de mí?

—Sólo tú sabías dónde estaría yo... Y fue mientras te esperaba que me llamaron por teléfono. —La tuteaba no por familiaridad, sino como lo hubiese hecho a un prisionero de guerra.

—¡Oh, señor Gordon! Encontré a ese chico en la sala. No me dejaba en paz... Dijo que me llevaría a otro sitio y accedí para librarme de él... Entramos en el bar. Quería advertirle a usted que «él» no era Joe y al mismo tiempo ahuyentarlo... Al verme con usted se habría ido... Pero usted ya no estaba en el bar.

—Pero tú le acompañaste...

—¿Qué quería que hiciera? Usted no estaba... Tampoco estaba su coche. ¡Qué más daba, ya!

Stuart tuvo que admitir para sus adentros que los razonamientos de la muchacha eran lógicos. Sí. Todo resultaba verosímil.

—¿Por qué no tiene confianza en mí, señor Gordon? Yo hice lo que me pidió. No tengo la culpa de que Joe no acudiera y a cambio surgiera ese pelmazo.

—Está bien, Peggy. Vuelve a tu trabajo.

La muchacha miró unos instantes a su jefe. Luego, cabizbaja, molesta, salió de la estancia al mismo tiempo que Laura iba a

entrar.

Ambas se cruzaron en la puerta, se miraron sin hablar.

Stuart cabizbajo, pensaba que tal vez había cometido un error.

CAPÍTULO VII

—Olvídese de todo, señor Gordon —murmuró Laura en la barra de aquel bar cercano a las oficinas de la compañía—. Tómese unas vacaciones. El sol de España le sentará bien. ¿Conoce usted Mallorca?

—Sí. Estuve una vez.

—Por negocios.

—¿Qué más da?

Stuart tomaba su bocadillo. El almuerzo de todos los días. Luego fruta y un poco de vino, después de nuevo a la oficina.

Ahora añadía a su cansancio la pesadilla de aquellas llamadas telefónicas.

—Tal vez si Peggy Ryan se lo propusiera... —empezó Laura y enseguida se arrepintió de haber nombrado a la nueva telefonista.

—Oiga, Laura... Peggy conoce al hombre que hace esas llamadas.

—Eso es lo que ella le dijo, y usted lo creyó sin vacilar.

—¿Por qué no? ¿Cómo podía saberlo ella?

—¿Y si fuera cómplice de ese individuo?

—También lo pensé... Pero teniéndola cerca es más fácil vigilarla.

—Señor Gordon... Yo escuché algunas de esas llamadas. Le están amenazando...

—¿Y qué quiere que haga?

—Avisé a la policía.

—El día 18 en San Francisco tengo una importante reunión... Vamos a pedir créditos para aumentar el capital. Si se supiera que mi vida pende de una amenaza, ¿cree que conseguiríamos esos

créditos? He trabajado mucho, Laura... Tengo una posición. He aumentado con creces lo que me dejó mi suegro. Mi sola firma es ya un crédito para banqueros y financieros. Un escándalo, una sospecha lo echaría todo a perder. Las acciones bajarían a marchas forzadas... Mucha gente depende de mí... No puedo dar publicidad a este asunto.

—No quisiera que le ocurriese nada malo, señor Gordon...

—Ni yo... Quizá mi vida valga poco, pero es todo lo que tengo, y me gusta vivir, ¿sabe?

—Pueden matarle en cualquier momento. Su avión... Sí. *Su* avión. Cuando lo tome para trasladarse a Estados Unidos, puede estallar como estalló el que viajaba su amigo...

—¿Cómo sabe esto? —preguntó entre sorprendido e incrédulo Stuart, mirando fijamente a su secretaria.

—En Cornwalles iba a decírselo cuando nos interrumpió Donald Fox. ¿Recuerda?

—Es verdad. Dijo que había averiguado cosas...

Ella sonrió dulcemente:

—Muchas veces se queda a dormir en la oficina.

—Sí...

—Cuando llego por la mañana le veo tumbado, durmiendo después de haberse acostado tal vez de madrugada.

—Es cierto, pero...

—Le he oído hablar en sueños.

—¿Hablar en sueños?

—Sí... Habla de su esposa... De Johnny Grayson.

—¿Y qué es lo que digo? —preguntó Stuart interesado.

—Cosas que no tienen sentido. Habla de asesinatos... Nombra a John Grayson, de cierta noche...

—Sí. Mi mujer perdió la vida en un accidente.

—Un accidente que alguien provocó y del que usted se siente culpable —murmuró ella.

—¿Y usted me cree culpable? —preguntó Stuart lentamente.

—Para mí es usted la mejor persona que existe en el mundo. Pero vive encerrado en usted mismo.

—Es posible, pero dígame... ¿Qué más sabe de mí?

—Nada más, señor Gordon. Yo... Yo no creo que se casara con su difunta esposa por su dinero.

—¿También he dicho algo de eso en sueños?

—Ha dicho muchas cosas. Pero yo creo en usted... Creeré siempre en usted.

El quedó pensativo, luego lentamente murmuró:

—La persona que hace esas llamadas telefónicas, la que me amenaza de muerte, me acusa de ser el asesino de mi esposa.

—Sí. Lo sé. Lo he oído.

—Y a pesar de ello... ¿Cree usted en mí?

—Sí, señor Gordon, ciegamente. Usted no puede ser un asesino...

—Se equivoca, Laura, se equivoca de medio a medio.

—¿Qué quiere decir?

—Que puedo ser perfectamente un asesino —replicó Stuart con un brillo extraño en sus ojos.

—¡Señor Gordon! —exclamó confusa la muchacha.

Paseaban a lo largo de un paraje cerca del Támesis. El

Big-Ben

dio unas campanadas.

Stuart se acodó en la barandilla y su mirada se perdió en el río.

—Mataría al hombre que asesinó a mi mujer —murmuró.

—Fue un accidente, señor Gordon.

—No. Aquello no fue un accidente. He pensado mucho en esos cuatro años. Y sé que no fue un accidente.

—Entonces...

—Alguien sabe que yo sospecho... La misma persona que hace las llamadas... Esa persona es el asesino. Terminó con Stella y ahora quiere hacerlo conmigo.

—¿Y por qué esperó tanto tiempo?

—Eso es lo que no sé, pero..., tengo una vaga sospecha, algo remoto... Las ideas a menudo no surgen de pronto, vienen como un cúmulo de detalles sueltos. ¡Oh! Es una tontería, pero...

—Señor Gordon... Dígame... ¿Quiénes pudieron tener interés en matar a su esposa?

—Primero Johnny Grayson, pero murió en un accidente y hay que descartarlo...

—Pero usted dijo que Johnny era su rival... El quería también a Stella.

—Sí, desde luego, pero hay personas que no se resignan a perder algo y antes que verlo poseer a otro lo eliminan.

—Pero si John Grayson está muerto..., ¿qué otras personas?

—No sé... Quizá algún amigo.

—¿Un amigo? ¡Oh! Esto parece absurdo... Aunque ese Grayson se lo hubiese pedido, una vez muerto...

—No olvide que Stella murió antes que Johnny. Y en la villa encontré un micrófono. Alguien escuchaba nuestras conversaciones. Alguien conocía paso a paso lo que hacíamos.

—¿Por qué no avisó a la policía?

—Cuando lo descubrí Grayson había muerto. Habrían molestado a su hermana. Jane es una buena chica...

—¿Grayson tenía una hermana?

—Sí. Entonces era soltera. Se casó poco antes de que yo viniera a Londres.

—Alguien debería investigar todo esto, señor Gordon.

—Sí, Laura, tiene razón. Usted me ha recordado ahora a ese Fox.

—¿Donald Fox?

—Sí... ¿Qué sabe de él?

—No sé. Tiene una oficina en el centro. Parece que las cosas le van bien. Vive con cierta holgura y tiene fama de... conquistador.

—Entonces voy a pedirle un favor... Concierte una entrevista. Quiero hablarle.

—¿En su despacho?

—No, no... Si alguien me sigue los pasos o vigila la compañía, puede que descubriera que pido ayuda a un detective y eso no debe saberlo nadie. ¿Comprende?

—Sí, desde luego.

—Dígale que le necesito. Nos encontraremos mañana en... una de esas embarcaciones que recorren el río. A las once. ¿Cree que acudirá?

—Mañana por la mañana le transmitiré su respuesta, y me alegro que busque a alguien que vele por usted —sonrió ella.

—No hable de esto con nadie. A Fox díglele únicamente que le necesito. Le pagaré lo que me pida sin regatear.

—Cumpliré su encargo muy gustosa, señor Gordon.

—Bien —murmuró Stuart—. Es hora de que volvamos al trabajo. ¿No le parece?

—Lo que usted diga...

Stuart consultó la hora:

—Pero si son más de las dos... ¿Sabe una cosa? Hoy no tengo ganas de trabajar... ¿Le apetecería acompañarme a... a un cine por ejemplo? Hace tanto tiempo que no he ido.

La respuesta de Laura fue una amplia sonrisa.

CAPÍTULO VIII

La respuesta de Donald Fox fue afirmativa y a la mañana siguiente a las once Stuart Gordon estaba frente al embarcadero.

Reconoció a Fox, que fumaba un cigarrillo distraídamente al otro lado de donde esperaba la gente para embarcar.

Como buen detective fingió no conocerle.

Subieron a la embarcación.

Había poca gente. Stuart miró alrededor. Ningún rostro conocido, excepto el de Fox que estaba acodado en la barandilla y parecía muy abstraído mirando las pequeñas embarcaciones que surcaban el río.

Stuart fue el que dio el primer paso. El encuentro fue vulgar:

—¿Me da fuego?

Fox le ofreció un encendedor.

—¿Quiere hablar ahora? —inquirió sin apenas mover los labios.

—¿Se ha fijado en la gente? —preguntó a su vez Stuart mientras encendía el pitillo.

—Turistas, o simples paseantes. Les he estado observando. No hay peligro. —Y Fox tomó asiento en uno de los bancos desocupados. Stuart lo hizo a su lado.

—¿Y bien? —empezó el detective.

—¿Le ha dicho algo Laura?

—Que me necesitaba y que pagaría un buen precio.

—Es exacto.

—Le escucho. ¿A quién debo seguir?

—A nadie en concreto. Estoy amenazado de muerte.

—Una simple broma —sonrió Fox—. Hay gente que le gusta gastar bromas macabras.

—Tengo motivos para sospechar que no se trata de una broma.

—Entonces mi trabajo consiste en ser su guardaespaldas.

—En parte, sí.

—¿Quiénes son sus enemigos?

—No lo sé.

—Poco es eso.

—Llamadas telefónicas.

—¿Por qué no avisa a la policía?

—No puedo dar publicidad. Dentro de dos días espero la confirmación de unos banqueros para unos créditos, luego el día dieciocho en San Francisco tengo una importante reunión...

—Comprendo. Nada de escándalos.

—Exactamente.

Fox, aplastó su cigarrillo contra el suelo con la punta de su zapato.

—Ahora cuénteme los posibles motivos de esas amenazas —pidió el detective.

—La cosa empezó hace poco más de cuatro años... —empezó Stuart.

Se habían sentado en un restaurante de las afueras. Un lugar tranquilo y escasamente concurrido.

Fox conocía ya toda la historia.

Habían terminado de almorzar y saboreaban sendos cafés.

—Bien —murmuró Fox haciendo chasquear la lengua—. Voy a convertirme en su sombra. Le seguiré a todas partes. Si alguien va tras usted yo iré tras él. No se preocupe... Yo soy su hombre No se arrepentirá de haber confiado en mí. ¡Ah! Y en cuanto a la noche, haré que su casa se mantenga vigilada continuamente. Si ve a alguien apostado en la esquina no se inquiete, será uno de los míos... Pero para poder trabajar mejor me gustaría echar una ojeada a su apartamento.

—Preferiría que no le vieran conmigo.

—Claro, claro... Le haré una visita esta noche. Usted me da la llave de la escalera y no se preocupe... Uno de mis hombres habrá estado vigilando.

—De acuerdo. —Stuart extrajo de uno de sus bolsillos el llavero y entregó una llave a Fox.

—¿Y usted...? —empezó el detective.

—Tengo un duplicado en mi despacho.

—Bien. Entonces no hay más que hablar. Tomaremos juntos el *ferry* y usted sale primero, yo empezaré a seguirle con mi coche. No tema... Nada le ocurrirá.

El camarero les interrumpió en el momento en que Stuart sacaba dinero para pagar la cuenta.

—¿El señor Stuart Gordon? —inquirió.

—Sí. Yo soy.

—Le llaman por teléfono.

Fox hizo un ademán:

—Un momento... Nadie sabe que estamos aquí. La idea fue mía...

—Entonces no hay duda de que es «él» —adujo Stuart.

—¡Camarero! —llamó el detective—. ¿Tiene supletorio el teléfono?

—Tenemos uno que sí, señor. Si quieren puedo pasarle la comunicación.

—Hágalo —ordenó el detective.

El camarero les indicó el lugar donde debían dirigirse. Stuart tomó el auricular y Fox el supletorio.

—Quiero escuchar esa voz misteriosa —susurró el detective.

Gordon habló:

—Diga.

Al otro extremo del hilo el mismo sonsonete, la misma voz apagada, disimulada:

—El plazo se acorta, Stuart, vayas donde vayas y estés donde estés, siempre podré encontrarte... De nada te servirá la ayuda de un detective privado.

Fox indicó a Stuart con un ademán de que siguiera hablando.

—Oiga... No sé lo que usted pretende, pero mi paciencia tiene un límite... Y ya estoy hartó.

—¡Oh! No te lo tomes así, Stuart, disfruta de lo poco que te resta de vida... Mañana sabrás la hora exacta de tu muerte... Eres un feliz mortal, Stuart, poca gente puede conocer el día de su muerte, tú en cambio conocerás hasta el segundo...

—Escuche...

—Adiós, Stuart... Y no te rompas la cabeza. Jamás sabrás quién soy, jamás, lo único que puedo anticiparte es que no te molestes en

adquirir pasaje para Estados Unidos. Ese viaje no podrás realizarlo..., al menos por tu propio pie. Antes habrás muerto.

Y colgó.

Stuart cambió una mirada con el detective que colgó a su vez el supletorio:

—¿Qué opina de eso?

—Ese tipo..., parece tener una absoluta seguridad en sí mismo.

—¡Fox! Si nadie sabía que íbamos a venir aquí... No debe de andar lejos. Nos ha seguido.

Fox salió como una exhalación:

—¡Camarero! ¿Hay algún teléfono público por aquí cerca?

El hombre extrañado asintió:

—Sí. A unos doscientos metros. En la carretera. Existe una cabina.

—Gracias —y mirando a Stuart añadió—: Vamos...

Fuera del restaurante en la carretera y a la distancia indicada podía verse la cabina.

—Habrá telefonado desde allí —dijo Stuart.

—No tiene tiempo de haber ido muy lejos, pero sin coche...

Había una motocicleta aparcada en la parte lateral.

—Vamos —dijo el detective.

Saltaron casi al mismo tiempo, el detective tomó el manillar, Stuart el asiento trasero.

Fox demostró ser un excelente conductor. En breves segundos salvaron los doscientos metros hasta la cabina.

Fox saltó y tomó el teléfono.

—No hace mucho que alguien ha estado hablando. Hay sudor en el auricular y está tibio —dijo saliendo. Miró hacia la carretera en dirección opuesta al restaurante—. Es inútil seguir. Debe habernos tomado demasiada ventaja. Es mejor que devolvamos la motocicleta antes de que nos denuncien.

Stuart pensó que había perdido una excelente oportunidad, sin embargo su aspecto no reflejaba el menor pesimismo. Al contrario. Parecía estar más seguro que nunca. ¿Por qué?

Sólo él lo sabía.

CAPÍTULO IX

Donald Fox pasó el resto del día sirviendo de escolta a su cliente. No le perdió absolutamente de vista, pero nada ocurrió que requiriese la intervención del detective.

Al anochecer se dirigió al salón que frecuentaba Peggy. No fue pura intuición. Se limitó a seguirla. Sólo que aquella vez no esperó en el bar de enfrente sino que adquirió una entrada para pasar al interior del bullicioso antro.

Buscó un lugar donde mejor poder observar. Lo encontró.

Detrás del escenario, en lo alto de un andamiaje su rostro quedaba camuflado por los negros cortinajes que servían de fondo al ruidoso conjunto. Era un lugar ideal para observar sin ser observado.

Sabía que fuera Fox vigilaba la salida.

Y en efecto Fox, con rostro de aburrimiento, y sentado frente al volante de su coche estaba atento a la salida.

Dentro Stuart sonrió. Había dado con Peggy. Bailaba con un tipo alto, joven, adocenado, la indumentaria y el peinado aunque con ligeras variantes parecía más bien un uniforme. Con la ayuda de unos prismáticos pudo verles mejor.

El joven no era el mismo de la otra vez. No. No era el que sacudió. Era otro... ¿Sería Joe?, se preguntó Stuart.

Bien, quizá no importaba demasiado. El se había trazado un plan y lo seguiría hasta el final.

Peggy seguía bailando. Moviéndose más o menos como el resto de las féminas. Pero había algo que la distinguía de las demás, a pesar de sus gestos, de su minifalda, de su indudable modernismo.

Aquella chica... ¿Vivía una doble vida acaso?

Stuart no sabía exactamente qué buscaba, pero algo le decía que aquel intrincado rompecabezas estaba próximo a tocar su fin.

Tras una larga hora de espera vio cómo la pareja se alejaba pero no hacia la salida principal, sino a la lateral de la sala.

Les perdió la pista al mezclarse entre la gente que llenaba el rincón del bar.

Dejó su puesto de observación y salió del escenario.

—Oiga —preguntó a un camarero—. ¿Hay alguna otra salida?

—Claro. Por ahí —y le indicó una puerta que comunicaba con lo que parecía un pasadizo.

—Gracias.

Se habían dirigido hacia allí. Corrió en la dirección indicada. Cruzó el corto pasadizo y abrió la puerta final. Se encontró en un patio cerrado que comunicaba con un callejón. Vio perfectamente al fondo cómo Peggy cogida leí brazo de su acompañante cruzaba la puerta del patio hacia el callejón.

Corrió tras ella, pero se detuvo antes de salir. No quería que Peggy se diese cuenta.

Pero tampoco se percató de los tres jóvenes que habían salido tras él.

Uno era Alan Kingslay, el chico al que había maltratado. Los otros dos más o menos tendrían su edad.

Stuart iba a seguir a la pareja cuando sintió la proximidad de los tres jóvenes.

Alan iba delante. Llevaba en sus manos una botella rota por el cuello, los otros dos tenían la misma peligrosa arma.

—¿No se acuerda de mí, señor? —sonrió Alan.

—¿Eh?

Claro que le recordaba, y comprendía perfectamente que Alan había estado esperando la ocasión de devolverle la paliza, pero curándose en salud recabó la ayuda de otros dos amigos que ahora le acorralaban con sus improvisadas armas.

—Pega usted muy fuerte, amigo... Y es difícil olvidar sus golpes...

Stuart no tenía tiempo que perder, quería seguir a Peggy y a su compañero, pero aquellos tres estrechaban cada vez más el cerco.

—¿Quieres la revancha, eh, muchacho? —masculló Stuart—. Pero no te atreves solo.

—Se acordará de lo que me hizo —replicó Alan.

Y ya sin más dilación atacó con la botella a modo de florete.

Stuart esquivó la embestida, pero ya tenía a los otros dos prácticamente encima.

Sintió un ligero rasguño amortiguado por la tela de la chaqueta y de la camisa.

Sin contemplaciones soltó una patada e hizo saltar una de las botellas agresoras de la mano de uno de sus contrincantes.

Se agachó a tiempo de evitar que las afiladas puntas de los cristales de otra botella le alcanzaran el rostro, aun así, sintió el efecto y el calor de la sangre que comenzó a manar desde uno de sus pómulos.

Se lanzó en plancha contra Alan con la cabeza como ariete. El joven cayó y la botella se perdió por entre los escombros del patio.

Se revolvió para evitar la embestida del único que aún seguía armado.

Con una rapidez de reflejos digna de un hombre avezado a mayores peligros se enderezó y con el dorso de la mano golpeó la nuca a su agresor.

Pero ya tenía al tercero encima tratando de inutilizar los brazos con una llave.

Stuart forcejeó unos instantes, pero ya tenía a Alan ante sí golpeándole el abdomen implacablemente.

Hizo contracción para contrarrestar el efecto de los golpes. Luego, apoyándose en los mismos brazos que le sujetaban se levantó y con ambos pies golpeó al muchacho que recibió el impacto en pleno rostro, lanzó un aullido y cayó de espaldas.

Con habilidad se deshizo del que le sujetaba por detrás, pero apenas se revolvió para golpearlo, recibió una pedrada en plena cabeza.

Se volvió para ver cómo Alan desde el suelo buscaba otra piedra, que tampoco pudo esquivar.

Se sentía medio atontado por el golpe y sus piernas flaquearon.

Su incipiente debilidad fue aprovechada por sus tres contrincantes que atacaron casi al unísono propinándole directos al rostro, estómago, pecho. Pegaban, pegaban con saña.

Stuart trató de sobreponerse. Sacando fuerzas de flaqueza, esquivó uno de los golpes para pasar al ataque.

Sus puños conservaban todavía la contundencia necesaria para derribar a cualquier rival de su misma talla.

Alan salió disparado hacia atrás.

Uno de sus amigos recibió un directo que le hizo dar una vuelta de campana.

Sólo el tercero le pilló por sorpresa. Se había adueñado de un palo y le sacudió en la nuca con todas sus fuerzas.

Stuart se desplomó como un fardo.

Los otros maltrechos y llenos de morados y hematomas optaron por emprender la retirada, dejando a Stuart exánime, de bruces con el golpe que recibió a traición.

CAPÍTULO X

Tenía noción de haber despertado. Sí. Tenía noción de haberse apoyado en el brazo de Peggy, pero no sabía ni cómo ni cuándo.

Todo eran brumas en su mente. Se veía así mismo tambaleándose por la calle, luego la figura de Peggy. ¡Peggy!

Sí. Estaba allí. Observándole entre sonriente e inquisitiva.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó.

Lentamente fue volviendo a la realidad:

—Yo... La encontré... ¿Te encontré por la calle?

—Sí, señor Gordon. Está usted en mi casa... Le han dado una buena paliza. ¿Cómo ocurrió?

—Eso ya no importa ahora.

—¡Oh! Si iba usted tambaleándose... ¿Qué hacía por aquellos barrios? Tuve que llamar a un taxi... No sabía si llevarle a su casa o traerlo a la mía... Me pareció que aquí podría atenderle mejor. Pensé que tampoco era necesario la presencia de ningún médico... Claro que si quiere que lo llame.

—No, no... Me encuentro mucho mejor. ¿Qué hora es?

—Las diez.

—¡Oh! ¿Tanto tiempo ha pasado?

—Casi dos horas... Le he lavado las heridas. ¿Con qué se cortó?

—Botellas. Dé las gracias a su amigo del otro día, Alan. Quiso vengarse.

—Bueno... No es que apruebe su proceder pero usted empezó. ¡Oh! Perdón, quizá no debí decir esto a mi propio jefe.

—Déjese de zarandajas y dígame una cosa, Peggy... Ese Joe..., ¿no ha vuelto a verle?

—Estuve bailando con él por espacio de una hora... En el mismo local. Si hubiese usted venido...

—Yo estaba allí.

—¿Estaba allí?

—Sí, Peggy.

—¿Me siguió?

—Sí.

—¡Oh, señor Gordon! Debió usted tener confianza en mí... ¿No sabe lo que hice?

El la interrogó con la mirada.

—Le quité la cartera.

—¿Eh?

—Sí... Mientras bailábamos. La tengo aquí —y abrió el cajón de la mesita de noche contigua a la cama—. Véala.

—¡Oh, Peggy! Si se da cuenta...

—Creerá que la ha perdido. No es la primera cartera que se pierde...

—Déjeme ver —pidió Stuart.

Tomó los documentos. Un carnet de conducir a nombre de Joseph Andrew Johnes, expedido en Liverpool, una tarjeta de identidad, al mismo nombre, edad veintitrés años, señas, etc.

Una libra y algunos chelines en papel. Una entrada de cine pasada y el carnet de un gimnasio.

Las fotos de los carnets no le recordaban a nadie. Para Stuart era un perfecto desconocido.

—¿No me da las gracias? —sonrió Peggy.

—Mételo todo en un sobre y mándaselo por correo. Los documentos le harán falta. Creerá que le han robado la cartera por el dinero. No está bien lo que has hecho, pero no puedo reñirte... — Se interrumpió al encontrar un nuevo papel en otro departamento. Estaban anotados tres números de teléfono. Dos correspondían a la oficina, a su despacho particular, el otro era el de su domicilio en Londres—. Son mis teléfonos —murmuró.

—Le he preguntado si deseaba conocer su número particular y me ha dicho que ya no hacía falta.

—¿De qué más han hablado? —preguntó Stuart, incorporándose con alguna mueca de dolor.

—Le pregunté si ya había gastado la broma y me dijo que sí, entonces fue él quien me preguntó si estaba muy asustado y yo le dije que no lo sabía. ¿Hice bien? ¿Qué debía contestar?

—Nada... Mejor así.

—Bueno. Ahora ya sabe dónde vive.

—Sí, Peggy. Gracias por arriesgarte. Perdona mi desconfianza del otro día.

Se levantó definitivamente abrochándose la sucia y rota camisa.

—¡Oh! No puede marcharse así.

—Es tarde.

—¿Por qué no se queda?

—¿En tu casa?

—No es precisamente un sitio elegante. Ya ve... Soy un poco desordenada. Nada está en su sitio, pero no puedo ofrecerle nada mejor.

—No es que desprecie tu hogar, Peggy... Yo hace años... Bueno, quiero decir que no siempre fui rico, ¿sabes? Mi hogar de joven no era mejor que éste.

—Quédese entonces. Corre usted peligro. Lo presiento...

—¿Lo presientes?

—Sí, señor Gordon. Y no quisiera que le ocurriese nada.

—No me ocurrirá nada —sonrió él barbilleándola.

Se quedaron mirando. De pronto a Stuart, aquella muchacha joven y moderna, ingenua y despreocupada a la vez se le antojó como una niña asustada.

—¿Qué te pasa, Peggy?

—Tengo miedo por los dos... Créame... Tengo miedo.

—¿Por qué? ¿Qué sabes tú...?

Con un impulso que pareció salir de lo más profundo de su ser la muchacha se arrojó a los brazos de Stuart.

—Dios mío... Necesito ayuda, señor Gordon. Tanta como la pueda necesitar usted.

—¿Por qué? —preguntó él impasible.

La muchacha lentamente dejó de abrazarle:

Mi apellido auténtico no es el de Ryan... Éste era el de mi madre, por esto me fue fácil conseguir un pasaporte...

—¿Un pasaporte?

—Sí, señor Gordon. Soy americana, como usted, y mi nombre auténtico es Peggy Lamont.

—¿Lamont?

—Soy hermana de Ray Lamont.

—¿Y qué estás haciendo en Londres? Tu hermano murió en el accidente de Arizona... ¿Qué puedes temer?

—Sé que el

FBI

hizo algunas investigaciones. Lo si por Jane Grayson... Ellos, los federales, creen que Ray no murió, que se lanzó en paracaídas antes del accidente y que lo provocó él mismo para asesinar a los dos políticos que iban a bordo.

—Pero eso no fue lo que dijeron los periódicos.

—No quisieron que se supiera... Pero en este tiempo nada han averiguado. Lo sé. Jane y yo nos carteamos de cuando en cuando.

—Yo no conocía muy bien a tu hermano, Peggy. Sí que estuvo con los cascos azules, pero le licenciaron antes que a nosotros. No puedo creer que esté vivo.

—Claro que no lo está... No es que nos lleváramos muy bien... El, era distinto. No le gustaba trabajar. Regañamos por esto en más de una ocasión. Por aquel entonces yo quería ser estrella de cine y frecuentaba los estudio de Hollywood. Vivía con unas compañeras a espaldas del Sunset Boulevard. Ray venía algunas veces a verme, pero pocas. Decía que en el fondo éramos iguales y que yo nunca llegaría a ser artista.

—Debías ser muy joven.

—¿Qué edad cree que tengo?

—No sé... Veintidós, veintitrés, lo anotaste en...

—Tengo veintisiete. Sé que parezco más joven y no hago nada porque piensen lo contrario.

—¿Qué es lo que temes?

—No lo sé concretamente, pero sé que mi hermano está muerto y Grayson también... Y que el sabotaje no fue a causa de los políticos, sino para matarles a ellos.

—¿Cómo sabes tú estas cosas?

—Ray me dejó carta. Me dijo que la había depositado en un Banco. Que si alguna vez le ocurría algo la leyera.

—Bien... ¿Y recogiste esa carta?

—No. No pude... Me robaron el bolso en el que llevaba la contraseña de la caja de seguridad... Recobré el bolso pero la contraseña ya no estaba. Fui al Banco y me dijeron que alguien había recogido esa carta.

—¿Y crees que esta carta decía algo importante?

—Si no hubiese sido importante su contenido no la habrían

robado.

—Quizá sólo deseaban saber lo que decía.

—Estoy segura de que mi hermano había anotado el nombre del culpable.

—Pero ¿qué culpable?

—El asesino de su esposa... —replicó lentamente la muchacha sin dejar de mirar a los ojos de Stuart.

CAPÍTULO XI

Stuart tomó un trago de menta con soda. Era la única bebida de que disponía Peggy.

Durante unos instantes estuvo mirando la calle a través de la pequeña ventana.

Unas campanadas marcaron la hora. Las once. La calle estaba desierta.

Stuart se volvió. Peggy estaba ahora sentada en una de las pequeñas butacas de la reducida pieza.

—Aquella tarde, antes de tomar el avión desde Phoenix —dijo ella tras un silencio—. Ray me llamó por teléfono. Era como si presintiese algo... Dicen que un sexto sentido nos hace presentir la muerte. Yo no sé si es verdad, pero Ray parecía adivinar su próximo y fatal fin.

Stuart tomó un nuevo trago de menta y dejó que la joven continuara hablando.

Ella tras una breve pausa añadió:

—Me dijo... —Y como si reviviera la escena, imaginó a su hermano en el aeropuerto llamándola desde una cabina telefónica—. «He ingresado dos mil dólares en el Banco federal. Te he mandado por correo el cheque. Si me ocurre algo no olvides recoger la carta y mandarla al fiscal del distrito...

»—Pero Ray... ¿Qué es lo que temes? ¿Te has metido en algún lío?

»—No lo sé, Peggy, pero déjame continuar. El avión está a punto de salir. Escúchame bien... Si algo me ocurriera, con ese dinero podrías pagarte un pasaje para cualquier parte, lejos del país... Inglaterra, por ejemplo. Hazlo, Peggy, porque tu vida puede correr

peligro.

»—Ray, me asustas... ¿Qué puede pasarme a mí?

»—Hazme caso, hermanita... No hemos estado muy unidos, pero lamentaría que por mi mala cabeza tú pudieras pagar las consecuencias. Te lo repito, Peggy. Si algo ocurre, coge esa carta, entrégala al fiscal y lárgate.

Peggy pareció volver a la realidad. Mirando a Stuart concluyó:

—Ya ve que hice lo que me pidió. Tuve miedo y abandoné Hollywood. Me costó bastante obtener el nuevo pasaporte y una vez aquí me creí a salvo, hasta que apareció Joe y me hizo preguntas acerca de usted.

—En realidad de quien tu hermano quiso que huyeses, sin duda fue de mí.

—¿De usted?

—Grayson siempre creyó que yo me había casado con Stella para quedarme con su dinero... Pero tú acabas de decir algo muy importante...

—¿Qué?

—Hace unos momentos has dicho: «El asesino de su esposa».

Peggy palideció:

—Oficialmente la muerte de Stella se produjo por accidente. Rotura de la dirección del «Jaguar» que conducía por una peligrosa carretera. Nadie habló de asesinato...

El avanzó hacia la muchacha que temerosa se había levantado retrocediendo hacia la pared:

—¿Qué es lo que está pensando?

—¿No lo adivinas, Peggy?

—Señor Gordon. Ya le he dicho...

—Yo soy el único que sé que mi mujer murió asesinada. Yo y el asesino... Somos los únicos que podemos saberlo...

—Usted no puede creer que yo... Le he dicho que tengo tanto miedo como usted.

Gordon la tenía prácticamente acorralada:

—¿Quién te habló de asesinato, Peggy? Habla de una maldita vez... Hasta ahora has dicho lo que te ha convenido... Tratabas de impresionarme. Ahora suelta el resto... ¿De quién eres cómplice?

—De nadie.

Gordon levantó la mano derecha:

—Nunca he pegado a una mujer, Peggy... Pero voy a hacerlo... Soy capaz de todo para llegar al fondo. ¡Vamos, habla! ¡Habla!

—Señor Gordon... Estoy en peligro. Me matarán...

—¿Quién?

—Joe...

—¿Joe?

—Sí. El trabaja para alguien. Yo primero creí que se trataba de una simple broma... Fue él..., él quien me pidió que consiguiera un empleo en su compañía, y espiara sus movimientos y controlara sus llamadas...

—Esto ya está mejor... Pero ¿por qué le has robado la cartera? ¿Por qué le traicionas? ¿O acaso es otra comedia lo que estás representando?

—Le juro que no, señor Gordon. Tengo miedo y por eso me pongo de su parte. Ahora sé que esa gente no es una broma lo que quieren gastarles. No se detendrán hasta matarle y yo quizá sepa demasiado... Es posible que cuando terminen con usted quieran eliminarme a mí también.

—¿Con quién trabaja Joe? ¿Para quién?

—Eso tampoco lo sé... Y no puedo preguntarle... ¿No lo entiende? Sospecharían... Tengo miedo, se lo juro una vez más. Yo no quiero que nadie sufra ningún daño, pero he empezado a pensar y si «ellos», Joe y los que puedan estar por encima de él, tienen algo que ver con la muerte de mi hermano, quisieran que pagaran su culpa.

—Por tu bien espero que no me hayas mentido, Peggy.

—Todavía tengo otra cosa que decirle, no sé si puede servirle de pista, pero fue Joe quien me habló del «asesinato» de su mujer. Dijo que usted se había salido con la suya pero que pronto pagaría su crimen. Yo le contesté: «Si Gordon es un asesino, ¿por qué no le denunciáis a la policía?». Y él me contestó: «Mí “jefe” dice que carece de pruebas». Que saldría libre en cualquier juicio... Pero que tendría su castigo. ¿Comprende? Ahora sé demasiado de «ellos».

Stuart se sirvió una nueva ración de menta que mezcló con agua de selz:

—Voy a pasar esta noche aquí... Mañana ya decidiré. Primero tengo que hacer una llamada telefónica.

—Tendrá que ir abajo. Sólo hay un teléfono para todos los

vecinos.

—Bien. No temas. Ahora cuento con... la protección de alguien.
El abrió la puerta. Antes de salir, Peggy murmuró:

—Señor Gordon..., hay algo que todavía no le he dicho.

—¿Qué es?

—La última carta que recibí de Jane Grayson fue la semana pasada. En ella me decía que iba a venir a Londres en compañía de su marido...

—¿Jane en Londres?

—Sí... Y sé que está aquí.

—¿La viste?

—Sí. Fue casualmente. Se hospeda en el Blake Gate.

—Ese hotel está muy cerca de donde yo vivo.

—Sí...

—Es extraño.

—A mí también me lo parece... Dijo que vendría a verme pero no lo ha hecho.

Gordon cerró la puerta para volver a la habitación de Peggy:

—¿Qué está barruntando tu cabecita?

—Nada..., sería demasiado absurdo suponer que ella...

Se interrumpió.

—Sigue...

—Esas llamadas que usted recibe...

—Se iniciaron hace cinco días.

—Los mismos que ella está en Londres.

—Peggy... Esa voz..., esa voz que lanza amenazas no me es del todo desconocida, ¿sabes? Pero me parece que te equivocas. Mis sospechas no van por ese lado.

—Si cuesta trabajo creer que una mujer... Pero ella quería mucho a su hermano, lo sé. Ray solía decir que sentía un cariño casi enfermizo.

—Grayson más que un hermano fue un padre para ella.

—Si Jane supone que usted mató a su esposa, porque su hermano se lo dijo, puede suponer también que después, para borrar toda posible prueba hiciera estallar el avión.

—Sí —sonrió extrañamente Stuart—, pero en ese caso, mi querida Peggy, yo me convertiría automáticamente en el asesino de tu hermano.

Y sin decir más salió del pequeño apartamento para bajar hacia el teléfono.

CAPÍTULO XII

Al otro lado del hilo sonó la voz de Donald Fox:

—¿Dónde diablos se había metido, Gordon? He recorrido Londres diez veces buscando su cadáver.

—Pues no es un cadáver el que le habla, Fox. Aunque poco ha faltado.

—¿Han atentado contra usted?

—Sí, pero cuestiones personales.

—Me tenía sobre ascuas. ¿Dónde demonios está? Tengo un hombre vigilando su casa.

—No iré por esta noche, pero he de pedirle un par de cosas.

—Estoy a su servicio.

—Ahora serán dos las personas a quien deberá proteger.

—¿Quién es la otra?

—Peggy.

—¿Pero no sospechaba de ella?

—Sí, Fox, pero ahora está de mi parte y muy asustada por cierto. Estoy en su casa.

—Bien... Deme las señas y mandaré a mi hombre allí.

—No es necesario..., al menos por esta noche.

—¿Cuál es la otra cosa?

—Haga que vigilen los pasos de Jane Grayson y su esposo Arthur Sheridan. Se hospedan en el Blake Gate.

—¿Jane Grayson?

—Sí. Está en Londres... Justamente desde que empecé a recibir las llamadas misteriosas.

—Hummm. ¿Sospecha de ella?

—Usted es el detective, Fox. He puesto mi vida en sus manos.

—Gracias por recordármelo, pero esto subirá un poco los emolumentos.

—Le firmaré un cheque en blanco... Si consigue descubrir algo.

—Por un cheque en blanco soy capaz de demostrar que la tierra es cuadrada —sonrió el detective.

Ya no había más que hablar.

Colgó y se disponía a subir la escalera cuando sonó el timbre del teléfono. Vaciló antes de tomarlo. Pero al fin lo hizo.

La voz de falsete saludó a Stuart:

—Como ves, sé siempre dónde encontrarte, Stuart, pero ésta es la última vez que te llamo.

—¿De veras?

—Mañana es tu día. «Tu día D». ¿Qué tal te sienta esto, Stuart?

—¿Puedo saber la hora hache? —inquirió Stuart con serenidad.

—Pon tu reloj en hora. En el mío son ahora las once y trece minutos exactamente.

—¡Vaya! Es la primera vez que dos relojes marcan la misma hora —replicó Stuart con sorna—. El mío marca lo mismo.

—Pues mañana a las once en punto de la mañana te encuentres donde te encuentres dejarás este mundo para siempre. A las once, ni un segundo más.

—¿Puedo saber el procedimiento?

—Esto, Stuart, permíteme que me lo reserve... Ahora vete a dormir. Que Peggy arrulle tu sueño. Es tu última noche, Stuart Gordon, tu última noche.

—Gracias por advertirme, pero yo también tengo algo que decirte, seas quién seas...

—Te escucho. Un condenado tiene el derecho de ser escuchado... —Y la voz de falsete soltó una risita.

—Voy a hacerte una apuesta.

—¿Cual?

—Tú dices que a las once en punto voy a morir y yo digo que a las once y cinco minutos vas a llevarte la mayor sorpresa de tu vida.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Ésta también me la reservo, mi desconocido y vengativo amigo.

Y sin decir más, Stuart colgó.

Subió rápidamente a la habitación de Peggy:

—Siento dejarte.

—¿Se va?

—Sí.

—Voy a quedarme sola y...

—No. No te quedarás sola. Te llevaré a un sitio que estarás segura. Yo tengo mucho que hacer y muy pocas lloras para hacerlo.

—¿De noche?

—Sí, Peggy. De noche. Y no hagas preguntas. Anda, coge lo más necesario y vámonos.

Peggy asintió con la cabeza.

CAPÍTULO XIII

El taxi les dejó frente al apartamento de Donald Fox.

—Espere —ordenó Stuart al chófer.

—¿Por qué no vamos en su coche? —inquirió ella.

—Es demasiado conocido y esta noche tengo que moverme con el mismo sigilo que un fantasma... Va mi vida en ello y la tuya quizá...

Peggy sintió un escalofrío.

—No te preocupes. Todo saldrá bien...

Salieron del auto y se acercaron al portal de la casa. Stuart leyó:

«Laura Banion, 2.º B»

—Pero aquí no vive el detective del que me habló.

—Primero te dejaré en casa de Laura.

—Hummm. Nunca me ha mirado con buenos ojos... Creo que está celosa.

—¡Oh! Las mujeres siempre pensáis en lo mismo. ¡Cielos! Ahora hay algo más importante.

Laura abrió soñolienta la puerta. Llevaba puesto un liviano batín y mostró su extrañeza al ver a su jefe y a Peggy a hora tan tardía.

—Tiene que hacerme un favor, Laura... Peggy se quedará esta noche aquí. Mañana ninguna de las dos debe aparecer por mi oficina.

—Pero...

—Por favor. No haga preguntas. Ahora la vida de esa muchacha corre tamo peligro como la mía.

—Está bien, señor Gordon... Lo haré por usted.

—Siento..., siento molestarla —balbució Peggy.

—Tengo una cama libre. Está por hacer. Le daré la ropa.

—Puedo dormir en cualquier parte, aunque dudo que pueda conciliar el sueño. No le daré ninguna molestia.

—Arréglense como sea —añadió Stuart dirigiéndose hacia la puerta—, y no hagan nada hasta que yo las avise por teléfono. No se muevan en absoluto.

Y Stuart salió de la casa y poco después estaba en la calle. Dos edificios más allá tenía el detective su apartamento.

Era en el primer piso. Stuart subió de dos en dos los escalones y llamó al timbre.

Consultó impaciente el reloj. Los minutos volaban. ¿Y tenía tanto que hacer?

Cinco minutos más tarde Stuart estaba de nuevo en la calle acompañado de Fox que llevaba consigo una pequeña cartera.

Subieron al taxi.

—Bien... —murmuró el detective—. Cuénteme su plan.

—La ejecución... «Mi ejecución» ha sido fijada para mañana a las once en punto.

—¿Dónde?

—Según mi anónimo comunicante puedo elegir el sitio puesto que me matará donde quiera que me encuentre... Y nada más natural que sea en mi propio despacho.

—¡Oh! No tiene usted imaginación. Su despacho tiene un amplio ventanal... Me he fijado bien, y delante una residencia. Pueden dispararle a placer sin necesidad siquiera de un arma de largo alcance.

—Aquí entra en juego usted, Fox.

—¿Cómo?

—En principio voy a pedir una habitación en ese hotel que está frente a la compañía. Si es posible elegiré la habitación que esté más en frente de mi ventanal. A las ocho en punto saldré para dirigirme a mi trabajo. Usted habrá subido a la azotea y no tendrá más que esperar a que yo salga para ocupar mi puesto. Desde cuya ventana podrá vigilar perfectamente mi despacho, cuyas cortinas recorreré e incluso levantaré el cristal para que pueda ver perfectamente. Si alguien entra de repente e intenta matarme a quemarropa, estrangularme, o algo por el estilo, usted estará al

acecho con el fusil montado y presto a disparar... ¿Qué tal es su puntería?

—Bastante buena. Además... —acarició la pequeña cartera—, con ese juguetito hasta un ciego haría blanco. Pero ¿no ha pensado que la presunta agresión puede venir, precisamente del mismo hotel donde yo he de vigilar?

—Claro, claro. Ya he pensado en ello, para lo cual necesitaré que antes de las once naturalmente, dos hombres de su entera confianza vigilen el edificio del hotel desde las ventanas contiguas a las de mi despacho. Dos hombres con excelente puntería. ¿Los tiene?

—Puedo encontrarlos.

—Bien. Pagaré mil libras a cada uno de sus hombres sólo por vigilar. Y si uno de ellos tiene que intervenir contra el presunto agresor obtendrá una gratificación extraña de otras mil libras que traducido en dólares es un fajo de más de dos mil quinientos, más la prima expresada que representa otros tantos... En cuanto usted, aparte de sus honorarios cuente con el doble, por algo es el jefe.

—¿Sabe una cosa, Gordon? Hubiera sido usted un buen detective. Ha ideado una buena estratagema... Pero ¿ya ha contado con el presunto verdugo? Hasta el momento presente ha sabido en todo momento dónde se hallaba usted... ¿Puede que descubra nuestros planes y...?

—Esos planes sólo los sabemos usted y yo... —miró hacia atrás—. Nadie nos sigue. Nadie me ha visto salir de casa de Peggy. En cuanto a sus hombres espero sean de la más absoluta confianza.

—Sobre eso no hay problema. Pero supongamos que alguien descubre que yo ocupo su habitación.

—Nadie va a saberlo. Usted irá directamente a la azotea por la casa vecina. Cuando yo salga de la habitación que voy a alquilar, oficialmente quedará vacía. Sólo tendrá que salir cuando las mujeres hagan la limpieza. No le faltarán sitios donde esconderse. Luego, con la llave se mete en la habitación y espera. Sus hombres harán lo mismo. Creo que mejor guardado no podré estar, aparte de que en mi mesa tendré un revólver.

—Ha pensado en todo, Stuart. ¡Ah! —El detective hizo una transición para añadir—: Puesto que la fecha es mañana no será necesario vigilar a Jane Grayson y a su marido.

—No, desde luego, porque además estoy seguro que a partir de mañana y después de las once todo quedará solucionado.

—Admiro su serenidad, Gordon.

—Pura fachada, Fox. Aunque no lo crea estoy temblando por dentro —replicó Stuart.

CAPÍTULO XIV

Stuart, provisto en un pequeño maletín se instaló en la habitación 332, que daba justo enfrente al ventanal de su despacho, y podía verse perfectamente.

Abrió el maletín y sacó dos aparatitos pequeños. Tomó uno de ellos y salió de la habitación cerrando la puerta. Por la escalera llegó hasta la azotea.

Fox estaba ya allí:

—No va a ser una noche muy divertida. Dormir al raso nunca ha sido mi fuerte.

—¡Si hubiese estado en Katanga en el sesenta y dos!

—¡Katanga! Hummm —murmuró el detective montando su fusil cuyas piezas estaban en el abultado estuche.

Una vez listo lo mostró a Stuart que lo tomó entre sus manos y miró por el visor con teleobjetivo. A pesar de la oscuridad de su despacho parecía hallarse a dos palmos.

—Imposible fallar, ¿eh? —sonrió el detective.

—Eso parece. Y ahora tome eso.

—Un transmisor.

—Yo tengo otro igual. Supongo que sabe cómo funciona. Si ocurre algo anormal le llamaré. Usted haga lo mismo.

Fox sonrió:

—Ha pensado en todo...

—Recuerde que es el pellejo lo que me juego, Fox.

—Sí, claro. Cada cual ama lo suyo.

—Hasta mañana. Fox. No lo olvide, a las ocho en punto en mi habitación.

Stuart se despidió con un movimiento de mano.

—Feliz usted —sonrió Fox— que por lo menos dormirá.

—Le aseguro que no, Fox... Le aseguro que no.

Bajó de nuevo a su habitación. Tomó algunas cosas de su maletín y volvió a salir. Esta vez, sin embargo, se dirigió a la planta baja.

Esperó unos cinco minutos que fue el tiempo que tardó en pasar un taxi libre.

Lo detuvo y dio unas señas al chófer.

El auto se detuvo poco después frente al Blake Gate Hotel, esto es, muy cerca del apartamento que Stuart ocupaba en Londres.

El conserje nocturno le atendió.

—¿Los señores Sheridan? —Buscó la llave—. No. No están, no han regresado todavía.

Stuart consultó el reloj. Era más o menos la hora de salida de los espectáculos nocturnos, quizá no tardasen. Claro que si habían decidido ir a un *cabaret*...

—Les esperaré en el bar.

—El bar está cerrado, señor.

—Bien, pues en el *hall*.

—Como guste, señor.

Casi prefería que no estuvieran. Resultaba un tanto engorroso tenerles que despertar.

Tuvo suerte. Todavía no hacía diez minutos que aguardaba cuando vio entrar a Jane Grayson, ahora señora Sheridan. Iba con su marido.

Se levantó sonriente:

—¿Qué tal, Jane? ¿No me esperabas, verdad...?

—Sabía que estabas en Londres, verdaderamente, pero no creí encontrarte... —Hizo una transición, pero sin variar en el tono adusto de su voz—. Es mi marido, Arthur Sheridan.

—¿Qué tal?

—Stuart Gordon —siguió Jane con la presentación.

Los dos hombres se limitaron a un protocolario gesto.

—En otro tiempo éramos amigos, Jane...

—¿Y te has molestado en averiguar en qué hotel me hospedaba sólo para decirme esto?

—¡Oh, no! Por supuesto... Sé que desde la muerte de tu hermano... En fin, quizá debía haberte visitado más a menudo, pero

yo también perdí a mi esposa...

—¿Qué es lo que deseas concretamente, Stuart? Es tarde.

—Sí, sí... Pero hasta hace muy poco no he sabido que estabais aquí. De haberlo sabido antes...

—¿Quién te lo dijo?

—Una conocida tuya: Peggy Lamont.

—¿Eh? —A Stuart le pareció que el rostro de Jane se tomaba pálido.

—Peggy me dijo que sosteníais alguna correspondencia.

—Pensaba ir a verla antes de marchar.

—¿Te vas pronto?

Intervino Arthur para aducir en tono propio de quién se siente molesto:

—Esto parece un interrogatorio, señor Gordon.

—No lo tome a mal, señor Sheridan... A propósito, ¿estuvo usted en Katanga?

—¿Eh? —La pregunta pareció sorprenderle.

—Le he preguntado si fue uno de los cascos azules.

—Sí. Estuve, pero...

—¿Conoció a mi amigo John Grayson?

—No, no llegué a conocerlo, pero oí hablar de él...

—Interesante.

—¿Qué pretendes con todo esto, Stuart? —inquirió Jane.

—Sólo saber si... si tu hermano y tu marido tuvieron algún contacto, en San Francisco.

—No —replicó rápidamente Sheridan—. Cuando conocí a Jane, su hermano estaba en Arizona.

—Y en el espacio de unos pocos días, se hicieron novios y...

—¿Y a usted qué puede importar todo esto, señor Gordon? —inquirió cada vez con peor humor Arthur Sheridan.

—Nada, si no estuviera amenazado de muerte.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Alguien me ha estado llamando desde hace exactamente seis días... ¿No es ése el tiempo que llevan ustedes en Londres?

—¡Oiga, amigo! Se está pasando de rosca... ¿Qué trata de insinuar?

—No insinúo nada, absolutamente nada. Pero quería que lo supieran. Según una voz misteriosa, y no del todo desconocida,

alguien asegura que va a matarme mañana a las once en punto.

—¿Por qué no avisa a la policía? —cortó Sheridan.

—No puedo permitirme el lujo de un escándalo, ¿comprenden? Un hombre que maneja dinero y precisa de créditos para aumentar ese dinero no puede tener la vida pendiente de un hilo. El crédito y el prestigio se vendrían abajo.

—¿Por qué nos cuentas todo esto. Stuart? —preguntó Jane agriamente—. Es un problema tuyo. Haz lo que quieras. Pero es absurdo el que hayas venido solo para...

—Invitaros —cortó Stuart con una sonrisa en los labios—. Me gustaría que estuvierais conmigo en mi despacho. La compañía Gordon, es bien conocida... Por favor. Venid antes de las once.

—Usted debe de estar loco —terció Sheridan—. Nada se nos ha perdido en su despacho. Además, sepa que mañana por la tarde regresamos a Estados Unidos.

—¡Qué interesante! Precisamente mañana.

—¡Vámonos, Jane! —exclamó Sheridan tomando a su mujer por el brazo con intención de dirigirse hacia los ascensores.

—Un momento, por favor... Es una invitación... Tengo la impresión de que por extrañas circunstancias hay muchos viejos conocidos en Londres en estos días.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Jane.

—Jane —sonrió Stuart—. Fue una lástima que el que yo me casara con Stella enfriara la amistad que me unía con tu hermano... Estoy seguro de que me desprecias.

—El siempre dijo que te habías casado con Stella por dinero... A mi eso me tiene sin cuidado, pero le hiciste desgraciado... Johnny la había conocido primero.

—No es un delito enamorarse, Jane... Y yo me enamoré de la misma mujer y ella me correspondió. Me prefirió a tu hermano. Cuando esto ocurrió no había nada serio entre los dos. Johnny tonteaba. Le gustaba, sí, pero ella no se había pronunciado. No le robé nada a Johnny.

—Es estúpido hablar de esto ahora. Buenas noches, Stuart, y de corazón te deseo que esas amenazas no se cumplan.

—Por mi parte trataré de impedirlo, pero insisto en que vengáis.

—No tiene sentido —respondió Sheridan.

—Oiga, amigo... Sé que el

FBI

sospecha que un tal Lamont, el hermano de Peggy precisamente fue el causante del accidente del avión y que tuvo tiempo de lanzarse en paracaídas... Si él fue el causante, también podría ser la misma persona que me ha estado amenazando...

El matrimonio cambió una mirada entre sí.

—Tú habrías dado cualquier cosa por encontrar al culpable de la muerte de tu hermano, ¿verdad, Jane?

Ella no contestó. Estaba visiblemente afectada.

—Hable claro de una vez —pidió Sheridan.

—Puede que mañana se descubra todo... Y si Lamont es el culpable, será una satisfacción para ti ver que la muerte de tu hermano puede ser vengada.

—¿Eso es todo lo que tenía que decirnos, Gordon? —inquirió Sheridan.

—Sí.

—Pues ya lo ha dicho. Buenas noches.

—Buenas noches —replicó Stuart con una extraña sonrisa.

La pareja se alejó. Stuart sin moverse alzó la voz para decir:

—¡Sheridan!

El aludido se volvió.

—¿Usted es médico, verdad?

—Sí... Pero hace tiempo que no ejerzo.

—¿Ejerció alguna vez en Arizona?

—No. Nunca. —Había una cierta inseguridad en su voz.

—Es curioso lo que uno llega a pensar cuando está amenazado de muerte. Cosas y más cosas, palabras sueltas, retazos de conversaciones vienen de repente a la mente.

—¿Y qué está cruzando por su mente en estos momentos?

—Que en un pequeño pueblo de Arizona existe o existía un tal doctor Sheridan.

—Es un apellido corriente.

—Para usted debe resultarle además de corriente muy familiar..., porque es el apellido de su padre —concluyó Stuart y dio la vuelta sin añadir palabra.

Arthur Sheridan y su mujer se quedaron mirando mutuamente.

Jane susurró:

—Arthur... Tengo miedo.

—¿Crees que sería mejor acudir a la policía? —preguntó él.

—No. Eso no... —replicó la joven visiblemente asustada.

CAPÍTULO XV

La siguiente parada que efectuó el taxi que conducía fue delante de una cabina telefónica. Desde allí marcó un número, cuando obtuvo respuesta cambió unas palabras con su interlocutor.

El chófer podía verle perfectamente. La conversación fue breve. Stuart salió y dijo al taxista:

—Al Garden Club.

El lugar caía bastante lejos, pero el escaso tránsito de la avanzada hora hizo que en breves minutos, Stuart estuviera ante la puerta de la dirección indicada.

—Ya no voy a necesitarle más —dijo pagando la cuenta que marcaba el taxímetro.

Stuart entró en el local y pidió uno de los reservados.

—Mi nombre es Smith —dijo al *maitre*—. Vendrá un caballero y preguntará por mí. Indíquele dónde estoy.

Dio una buena propina al hombre y éste hizo que un camarero le acompañara al reservado.

El club era discreto. Allí la música sonaba suave, para parejas que preferían lo clásico y lo reservado a la vez. Poca luz y susurros.

El individuo que esperaba Stuart no se hizo esperar. Era un hombre alto, corpulento, de mirada aguda, despierta.

—Por poco me hace levantar de la cama, señor Gordon —dijo.

—Agradezco que haya venido, pero necesito un favor especial.

—¿Y no podía esperar a mañana?

—Mañana podría ser demasiado tarde. Además, el asunto es muy delicado. Usted lo comprenderá.

—Está bien, señor Gordon... No acabo de comprender, pero usted tendrá sus razones.

—Las tengo y muy poderosas. —Consultó el reloj—. Tardaré una media hora en explicarle exactamente todo lo que deseo.

—Puede empezar...

La conversación entre Stuart y su interlocutor se produjo a media voz. Nadie había podido escuchar, ni mucho menos oír lo que hablaban. Claro que también la gente iba allí por razones muy diferentes por las que se encontraba Stuart.

Bastaba con echar una ojeada a las acarameladas parejas que bailaban en la pista sin apenas moverse. Sí. Era un lugar muy discreto.

El individuo se despidió de Gordon y éste al quedar solo pidió un teléfono.

Un solícito camarero acudió con el aparato que enchufó en la mesa.

Stuart marcó un número. El teléfono sonó tres veces hasta que al otro lado del hilo descolgaron.

La voz de Laura, soñolienta, preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, Laura, Stuart, pero no diga nada...

—¿Dónde está?

—En un club nocturno... ¿Duerme Peggy?

—Le ha costado bastante, pero le di un somnífero.

—Ha hecho muy bien, Laura, porque la necesito.

—¿A estas horas?

—Para algunos la noche empieza ahora... Estoy en el Garden Club. ¿Sabe dónde está?

—No, pero tomaré un taxi...

—Gracias, Laura, es usted un cielo.

Ella colgó. Parecía haberse despertado por completo. Sonrió ligeramente y corrió a vestirse.

Peggy dormía profundamente. Lo comprobó antes de marcharse.

Le dejó una nota junto a la mesilla:

«Si despierta y no me encuentra no se asuste, he tenido que salir para un asunto personal».

Salió a la calle y tuvo que andar un buen rato para encontrar un taxi.

Se hizo conducir al Garden Club.

Stuart había salido del reservado. Estaba en la barra, cercana a la entrada. En cuanto vio a su secretaria se levantó sonriente.

Ella se había vestido apropiadamente para el lugar donde había sido citada.

—La una de la madrugada no es una hora muy corriente para trabajar —sonrió él—. Pero de veras la necesito.

—Aquí estoy, señor Gordon.

—Por una noche olvidemos el protocolo, somos una pareja más. ¿Le gusta el ambiente?

—No está mal, señor...

—Stuart.

Laura sonrió.

—Stuart —repitió, añadiendo—: Me suena a extraña llamarle así...

—Vamos a bailar, Laura... Tengo ganas de divertirme...

—Gracias por haber pensado en mí, pero...

—Sin peros.

—Stuart, sé lo que está pensando.

—Que ésta puede ser mi última noche.

Se habían sentado en una mesa discreta. Un camarero se acercó solícito.

—Champaña —pidió él.

—Stuart... —murmuró ella.

—¿Qué, Laura?

—No sé. Encuentro esto tan extraño...

—¿Por qué?

—Está tratando de disimular su miedo.

—Nunca he estado más tranquilo que ahora. Sé que he conseguido despistar por completo a mi misterioso enemigo.

—Peggy me ha contado...

—Sí, sí... Pero no ocurrirá nada. Estoy seguro.

—¿Y por qué está tan seguro?

—Ya se lo dije... Conseguí despistar a mi enemigo.

—Es que... ¿Ha averiguado algo?

—Aún no. Pero espero poder averiguarlo mañana. Convoque a las personas que voy a decirle. Carrington el primero, luego el banquero Stanley y los Miniver, padre e hijo. Voy a celebrar la

reunión...

—Lo que usted diga.

—No se olvide de citarlos para las once menos... menos cuarto. Y ahora —observó que el camarero llegaba con un carrito que sostenía el cubo lleno de hielo con la botella de champaña—, brindaremos por el futuro.

El camarero descorchó la botella y llenó las dos copas.

Iban a beber, pero...

—Disculpe, señor Smith... —dijo otro camarero—. Le llaman por teléfono. —Y enchufó el portátil.

Laura le miró extrañada:

—¿Smith?

—Sí... Di este nombre por precaución, lo que me extraña es que alguien pueda llamarme.

Aplicóse el auricular al oído:

—¿Diga?

Durante unos instantes permaneció escuchando, luego colgó. De repente la alegría de su semblante había desaparecido. Su rostro mostraba miedo.

—¿Quién era? —inquirió ella.

—El mismo de siempre: «Estés donde estés siempre te encontraré, Stuart... Aunque te hagas llamar Smith». Eso fue lo que me dijo...

—Entonces... ¿Es que le han seguido? —murmuró ella.

—Esto es imposible, Laura, totalmente imposible... Me he asegurado. —Y miró en torno suyo. Sólo parejas que susurraban, en la pista otras estaban bailando.

Los camareros, solícitos, permanecían atentos a los clientes.

—Creía estar seguro —murmuró Stuart—, pero ahora...

—Váyase a dormir, Stuart... Descanse. Le conviene.

—Lo siento por usted, Laura..., quería que esta noche fuese... diferente y...

—No importa.

—Le acompañaré a su casa. Claro que ir conmigo es un peligro... Aunque mi verdugo aseguró que la sentencia no se cumpliría hasta mañana.

—¿Quiere que convoque a la gente? —preguntó Laura.

—Sí. Todo debe seguir igual. ¡Y que Dios me ayude! —murmuró

Stuart depositando sobre la mesa el importe del champaña que ninguno de los dos había bebido.

CAPÍTULO XVI

El taxi se detuvo frente a la casa de Laura. Stuart bajó con ella, pagó y le despidió.

—Volveré dando un paseo... Ahora no podría dormir —murmuró mientras subía los cuatro peldaños que daban acceso al portal.

Ella abrió la puerta.

—¿Sería mucho pedirle que me ofreciera una copa, Laura? Creo que la necesito.

—Suba, Stuart, suba conmigo —replicó ella.

Poco después se hallaban en el apartamento de la muchacha.

Ella fue hacia un mueble y sacó una botella de *whisky* que estaba a medias.

—Hace siglos que la tengo. A veces tomo un sorbo —murmuró.

—¿Quiere beber conmigo?

—Sí, Stuart. Voy por los vasos.

Fue hacia la cocina y regresó inmediatamente.

—Hablemos bajo. Mejor que Peggy no se despierte —dijo él.

—Ya le dejé una nota por si se despertaba —replicó ella llenando los vasos.

El tomó de un trago su ración. Ella sólo un sorbo y agregó:

—Voy a ver si sigue durmiendo.

Stuart se sirvió otra buena ración de *whisky*. Apenas lo había hecho cuando regresó Laura lívida:

—¡No está!

—¿Cómo que no está?

—La cama está vacía... He mirado en el baño. No está —repitió Laura.

Stuart corrió hacia el cuarto que había ocupado Peggy. La cama estaba en orden aunque se notaba que alguien había dormido en ella, pero todo lo demás parecía normal.

—Es extraño —murmuró Stuart.

—La nota que yo le dejé también ha desaparecido... Tampoco están sus ropas.

—Tenía miedo... Un miedo espantoso, sin embargo puede que se haya ido al encontrarse sola...

—¿Dónde?

—A su casa, o a la mía, tal vez... Déjeme llamar. Intentaré localizarla. No nos alarmemos inútilmente.

Y Stuart comenzó a marcar un número.

No. Peggy no apareció por ninguna parte.

—Habría que avisar a la policía —dijo Laura.

—Estudiemos las cosas con calma. La puerta no ha sido violentada. Eso quiere decir que Peggy salió de la casa abriendo por dentro, a menos que alguien tuviera una llave.

—Nadie más que yo tiene las llaves —replicó Laura—. Pero pueden haber llamado. Si ella despertó y vio mi nota podía pensar que era yo que regresaba.

—No, no —replicó Stuart—. Peggy no habría abierto. Tenía miedo. Pensaría que lógicamente usted llevaría su llave y por tanto no tendría necesidad de llamar. Lo más probable es que haya salido por su propia voluntad... Ahora estará escondida en algún lugar, esperando que se haga de día. Si mañana no aparece por la compañía será el momento de denunciar el hecho. Suponiendo que...

No pudo continuar. El teléfono interrumpió a Stuart. Ambos se miraron.

Laura lo tomó al fin:

—¿Quién es?

—Sé que está con un hombre —musitó una voz con falsete—. Dígale que no tiene necesidad de refugiarse en su casa... La sentencia no se cumplirá hasta mañana.

Laura iba a decir algo pero el del otro lado del hilo colgó.

—¿Era para mí, verdad? —inquirió Stuart.

—Sí... Nos han seguido una vez más.

Stuart concluyó su *whisky*.

Ella tras un silencio preguntó:

—¿Y el detective privado Fox? ¿Por qué no está detrás de usted...?

—Porque está cerca del lugar que tiene que ocupar mañana para protegerme. He alquilado un apartamento frente a la oficina. Permaneceré allí hasta las ocho, luego le daré la llave a él y en cuanto las mujeres de la limpieza hayan arreglado el cuarto él se apostará a la ventana para vigilar. También desde dos de las ventanas de nuestro edificio estarán un par de hombres para vigilar el edificio de apartamentos por si alguien quiere matarme desde allí. Creí que esa protección sería suficiente, pero ahora dudo de todo...

—Lo comprendo.

—Laura... No acuda mañana al despacho.

—Pero...

—Hágame caso... No quiero ponerla en peligro... Y ahora me voy.

—Stuart... ¿Por qué no se queda aquí esta noche?

El dudó un instante y acabó murmurando:

—¿Qué más da?

Ella se acercó sonriente. Sus labios, su porte era una invitación al amor.

Stuart fingió olvidarse de todo y se abrazó a su secretaria.

CAPÍTULO XVII

Eran las diez de la mañana. Stuart estaba en su despacho con la cortina descorrida y la ventana abierta.

Miró hacia la casa de enfrente, concretamente a la ventana que debía encontrarse su guardaespaldas.

Sí. Fox estaba allí.

El teléfono interior sonó y una voz le anunció la llegada de dos jóvenes. Les hizo pasar.

Eran los hombres de Fox. Se identificaron. Y el propio Stuart les acompañó a sus respectivos puestos, pequeñas ventanas desde donde podía dominarse por entero las casas, frontal.

Todo estaba, preparado. Las manecillas del reloj parecían correr más deprisa de lo normal.

Laura siguiendo los consejos de su jefe no había ido a la oficina. Peggy tampoco.

Stuart, consultó el reloj.

Las diez treinta. Todavía faltaba media hora.

Desde su punto de observación, Donald Fox tenía ya el fusil montado y apuntaba mirando a través de su visor de aumento.

La espalda de Stuart sentado en el sillón tras el ventanal ofrecía un blanco perfecto.

Los hombres del detective desde sus puntos de vigilancia saludaron a su jefe con sendos ademanes.

Stuart se volvía con su sillón giratorio y observaba la ventana del detective.

Fox con una sonrisa en los labios parecía quererle tranquilizar.

Once menos veinte. Los puntuales hermanos Miniver fueron anunciados.

—Que pasen.

El viejo Carrington, alto, lleno de vitalidad a pesar de su pelo totalmente cano fue el segundo de los convocados.

—¿Falta alguien? —preguntó el viejo negociante.

—Sí, el banquero Stanley —replicó Stuart consultando el reloj.

Las once menos cuarto.

Stanley apareció.

—Veo que ya estamos todos —dijo.

A una seña de Stuart todos se habían acomodado en los diferentes sillones que habían acercado a la mesa tras la cual y siempre de espaldas a la ventana permanecía Stuart.

Una nueva llamada a través del intercomunicador:

—Una señora. Dice llamarse Sheridan, pregunta por usted. Le dije que estaba ocupado pero ha insistido. Dijo que usted la citó a esta hora.

—¿Viene sola?

—Sí —replicó la voz del intercomunicador.

—Bien, que pase.

Tras unos breves instantes la puerta se abrió para dar paso a Jane Sheridan (Grayson de soltera).

—Espero no estorbar.

—Al contrario —replicó Stuart—. Siéntate. Caballeros, les presento a la señora Sheridan.

Todos la saludaron con corrección.

—¿Tiene algo que ver con lo nuestro? —inquirió el banquero.

—Con lo nuestro no, pero sí con algo personal mío...

Carrington consultó el reloj:

—Bien. Son las once menos diez, podemos empezar, aunque soy de la opinión de cerrar esa ventana.

—Déjala, Carrington. Está bien así.

—Me molestan los ruidos de la calle. Y el sol este que da de lleno. ¿Qué se ha hecho del aire acondicionado?

—Es que no funciona... Se estropeó y... En fin, si desean que cierre.

El mismo Carrington cerró el ventanal y tiró la cortina que desde el exterior impedía ver lo que ocurría en el despacho.

Fox, desde la ventana lanzó una maldición. ¿Cómo iba a poder ver...?

—Verdaderamente —murmuró Carrington—, con todo cerrado es aún peor. Tenías razón, Stuart, es mejor tener abierto.

Fox, lanzó un suspiro de alivio cuando vio que las cortinas volvían a descorrerse y la ventana se abría.

Consultó el reloj. Las once menos seis minutos.

Se apartó prudentemente de la ventana y apuntó con su fusil.

Por el pasillo alguien avanzó hasta detenerse junto a la puerta de la habitación.

El hombre llamó con los nudillos.

Fox, ahogó una maldición. ¿Quién podía ser? En el hotel sabían que la habitación estaba vacía...

La puerta comenzó a abrirse.

«¡Maldita sea! —pensó Fox—. Debí poner el pestillo».

Se pegó a la pared tras la puerta mientras a contra luz y en el suelo se silueta la figura de un hombre.

Entró y cerró de golpe.

¡Era Arthur Sheridan!

Sí. Arthur Sheridan que en su mano llevaba un revólver.

—¿Qué significa esto...? —empezó el detective.

—Suelta ese fusil.

—¡Arthur!

—¡Vamos! Se acabó la mascarada... —replicó con energía Arthur amartillando el revólver.

Fox pegado a la pared vio la mano firme de Arthur Sheridan. Soltó su fusil.

Sheridan lo recogió y se acercó a la ventana desde la que se podía ver perfectamente sin necesidad de cristal de aumento la espalda de Stuart Gordon que seguía sentado en su silla. Más allá la reunión que había convocado.

Fox se acercó. Sheridan consultó su reloj.

—Quieto —exclamó Sheridan volviéndose hacia él y encañonándole con el revólver.

Consultó el reloj.

—Faltan cuatro minutos... —murmuró.

El detective se tumbó en la cama.

—Tú ganas, Sheridan —murmuró.

Arthur con ambas manos armadas se dirigió hacia la ventana.

CAPÍTULO XVIII

La actitud de Arthur Sheridan vigilante y de espaldas a la puerta le impidió ver cómo ésta se abría lentamente.

El detective permaneció atento al nuevo visitante sin moverse del lecho.

La puerta sin el menor chirrido se abrió lo justo para dejar paso a un nuevo personaje.

¡Laura!

Laura Banion que empuñaba una pequeña pistola automática.

Con una dureza desconocida en su mirada apuntó a Sheridan por la espalda.

—Ni un solo movimiento —ordenó con voz glacial—. Le estoy apuntando. Suelte las armas antes de volverse. Suéltelas o voy a disparar.

Sheridan pareció vacilar.

Laura avanzó hasta clavarle la automática a la espalda:

—¡Vamos! ¡Quiero ver esas armas en el suelo antes de tres segundos!

Sheridan obedeció.

El detective se había levantado ya de la cama y con rostro sonriente murmuró:

—Debería preguntarte qué demonios haces aquí, Laura... Pero acabas de prestarme un gran servicio. —Se inclinó para recoger el revólver de Sheridan y recuperar su fusil.

—¿Puedo volverme? —inquirió Sheridan.

Por toda respuesta Fox descargó contra la nuca de Sheridan el cañón de su propio revólver.

Sheridan se desplomó sin sentido como un fardo.

Fox consultó su reloj:

—Falta un minuto para las once.

Laura sonrió.

Entonces el detective se apostó junto a la ventana y a través del visor teleobjetivo buscó la cabeza de Stuart que sobresalía por encima del sillón.

—Sesenta segundos —murmuró—. Es todo lo que le queda de vida.

Laura permanecía quieta a su lado.

—Cincuenta y nueve, cincuenta y ocho... Ahora pagará lo que hizo... El mató a Stella... Se casó por su dinero y la mató... Ahora es rico... Poco disfrutará de su riqueza...

Laura permanecía silenciosa.

—Cuarenta segundos... No puedo falla... —Oficialmente esta habitación la ocupa el propio Stuart... Nadie me ha visto entrar... Nunca podrán probar que yo he sido el asesino... Treinta y dos segundos.

Laura señaló el cuerpo exánime de Arthur:

—¿Y éste?

—Estamos en un tercer piso, Laura... Le echaré por la ventana, después de impregnar el fusil con sus huellas. Creerán que es el asesino...

—Perfecto —musitó Laura.

—Veinticinco segundos... Stuart Gordon morirá a la hora fijada... El mismo me ha facilitado las cosas. El mismo me ha proporcionado el mejor punto de mira para acabar con él... Lo que lamento es que nunca sabrá quién ha sido su asesino. Pero sé que durante ese tiempo ha sufrido... Ha sentido pánico... Merecía esa muerte, lenta, lenta...

Laura intervino:

—¿Cómo pudiste saber que anoche se hallaba en el Garden Club?

—Veinte segundos... ¿Garden Club has dicho? No. No lo sabía... No me moví de aquí...

—Pues llamaron. Le llamaron. Debió ser Joe...

—¿Joe? Imposible...

—Si no fue Joe..., ¿quién pudo ser?

—Hay un periódico en la cama, lee...

Laura tomó el periódico.

—¡Quince segundos! —exclamó Fox calculando el tiempo.

Laura leía en el periódico:

«Ha sido encontrado en el estuario del Támesis el cuerpo de un joven. Por sus documentos se ha podido averiguar que se trata de Joe...».

—¡Donald! Le has... —empezó ella sin terminar de leer la noticia.

—No quiero testigos, querida... Ningún testigo. Diez segundos.

—¡Donald! Te repito que alguien llamó a Stuart en el Carden Club anoche, y después en mi casa. Yo misma me puse al teléfono.

—Cinco segundos...

—¿No me oyes, Donald?

—Donald Fox, su rostro, su expresión, ya no era la del detective optimista y avisado. Ahora era un asesino en potencia. Sus ojos tenían un brillo vengativo. No escuchaba ni oía nada. Sólo estaba pendiente de los segundos:

—Cuatro, tres... —La espalda del confiado Stuart seguía siendo un magnífico blanco—. Dos, uno...

Su fusil de largo alcance iba provisto de silenciador. Nadie oiría los disparos.

¡Cero! Las once en punto.

Donald Fox oprimió el gatillo.

Había una sonrisa de triunfo en su rostro cuando vio desplomarse la silueta de Stuart Gordon.

Una sonrisa que bien pronto desapareció de su rostro.

CAPÍTULO XIX

La puerta de la habitación acababa de abrirse y Stuart Gordon apareció en el umbral.

Fox quedó como petrificado.

Stuart llevaba un revólver en la mano:

—¡Quieto, Fox! Suelta el fusil... Y usted no se mueva, Laura.

Stuart avanzó seguro.

—Pero..., si no puede ser... —balbució Fox como si estuviese en presencia de un fantasma.

Stuart amartilló el «Colt»:

—Suelta el fusil de una vez.

Fox obedeció como un autómatas. Laura asistía a la escena con el desconcierto reflejado en sus pupilas.

Stuart se dirigió a la muchacha:

—¡Vamos! Reanima a Sheridan... Espero que no le hayáis matado.

Laura se dirigió hacia el lavabo. Stuart se apostó junto a la puerta sin perder de vista a la joven ni dejar de encañonar a Fox.

Ella salió con una toalla empapada con agua. Llevaba también un frasco de sales.

Lentamente Sheridan comenzó a recobrarse.

Miró como atontado la escena. Stuart, sonrió mientras ordenaba:

—Descanse, Sheridan... Aunque le supongo enterado de bastantes cosas.

Sheridan se sentó en la cama. Stuart sin dejar de encañonar a Fox murmuró:

—Usted, Laura, junto a él. Os quiero bien juntos. —Se inclinó ágilmente para recoger la automática de la muchacha y el fusil de

Fox, luego se acomodó en una silla y siguió apuntándoles—. ¿De veras me creíste tan tonto, «detective»?

—¿Sabes...? —empezó Fox.

—Sé bastantes cosas. Aunque confieso que al principio anduve un poco desorientado, pero luego empecé a atar cabos.

—¿Vas a matarme?

—Claro, Fox... La trampa la empezaste tú, pero yo la seguí y la terminaré... En primer lugar ya ves lo fácil que resulta poner un monigote en mi lugar... Se cerró la cortina, se cerraron los cristales y tú pensaste que se te escapaba la ocasión de acabar conmigo, pero luego se abrió de nuevo... Sin embargo, el que estaba sentado ya no era yo, sino un simple muñeco de circo. Ya ves que en esta ocasión no has matado a nadie... Así los ingleses no podrán acusarte y como ahora no existe la pena de muerte, habrías conseguido una cadena perpetua con facilidades de salir en libertad al cabo de unos años... Pero tú no mereces vivir, Fox... No lo mereces y bien sabes por qué...

—¿Cómo supiste...?

—Nuestro encuentro en la playa de Cornwalles, no fue casual, ¿verdad? Sabías que iría allí por Laura... Ella era tu mejor cómplice, mi propia secretaria. Una mujer que hacía lo imposible para que yo creyese que estaba enamorada de mí. ¿Cómo iba a desconfiar de ella? Luego la propia Laura hace las presentaciones... Justo en el momento en que alguien me amenaza de muerte... El pobre Joe del que hoy habla toda la Prensa, ahogado en el estuario del Támesis...

Fox permanecía silencioso.

—Bien, mi querido detective... Tú sabes bien lo que ocurrió luego. Las llamadas con las consiguientes amenazas se multiplicaron, pero la voz no me resultaba del todo desconocida.

—No... No pudiste...

—Sí, Fox. Sí pude... Me costaba trabajo creerlo, pero, déjame continuar...

—Tus descubrimientos no te servirán de nada. No podrás probar lo que sabes. Sheridan no dirá nada. El también está complicado, y Laura atestiguará en mi favor.

—Te equivocas. Te equivocas por completo.

—Está bien, sigue. Pero si me matas será un asesinato. Y será a

ti a quien condenen a cadena perpetua.

—¿Estás seguro?

—No tienes testigos...

Stuart sonrió:

—Cierto. Os mataré a los tres... Oficialmente estoy celebrando una reunión con importantes personas. No en el despacho donde tú creías que estaba, sino en otro lugar... Allí sólo había monigotes, monigotes que parecían personas... para desconcertarte.

Fox comenzó a sudar. Stuart Gordon continuó:

—Para embrollar las cosas mezclaste a Peggy en toda esa mascarada. Tú sabías bien que Peggy era hermana de Lamont y sabías que el

FBI

se devanó los sesos buscando a Lamont. ¿Cómo iba a encontrarlo, Fox? Lamont murió en el accidente del vuelo Arizona-San Francisco... Grayson también murió. ¿Quién podía amenazarme pues...?

—¡Oiga, Gordon...! —exclamó Sheridan interviniendo—. Yo le aseguro que...

—Cállese, Sheridan, ya le tocará su turno. Tenemos tiempo.

Un nuevo silencio. Stuart con una cínica sonrisa chasqueó la lengua y prosiguió:

—¿Quién podía amenazarme para vengar la muerte de Stella? Peggy me dio la pista... Me dijo que Jane y Arthur Sheridan estaban en Londres y más o menos su llegada coincidió con las misteriosas llamadas. Juego sucio, Fox... Repugnante venganza, pero sigamos.

Sheridan intervino de nuevo:

—Gordon... Escuche. Vinimos a Londres precisamente para impedir...

—He dicho que se calle, Sheridan.

—Yo no tengo nada que ver —siguió el marido de Jane.

Pero Stuart le interrumpió dirigiendo su revólver hacia él.

El silencio era denso. Habría podido escucharse el sonido de un alfiler al caer sobre la alfombrada habitación.

Stuart prosiguió en actitud triunfal:

—El nombre de Sheridan me sonaba de algo. Y la voz..., esa voz que durante una semana me ha estado amenazando seguía sonándome a conocida. De repente «supe» a quién pertenecía, pero,

la idea era demasiado fantástica... Entonces hice mis investigaciones particulares. Busqué el nombre de Sheridan en un listín telefónico americano. De Arizona concretamente, y encontré a un tal doctor Sheridan, sostuve una conferencia telefónica con él...

—Es... mi padre —balbució Arthur Sheridan.

—Sí, sí... A veces se oyen comentarios sueltos a los que no se presta atención y allá en Katanga oí hablar de un tal Sheridan, médico... Y también de su padre, sobre todo «de la especialidad de su padre».

Fox tragó saliva.

—No le dije quién era, naturalmente —sonrió Stuart—. Me limité a pedirle cuánto me cobraría para hacer cierto trabajo. —Stuart hizo una pausa y agregó—: Sheridan me dijo que no trataba esas cosas por teléfono, que fuera a verle a cierto pueblo de Arizona y hablaríamos.

—Pero usted no se movió de Londres —dijo La un.

—No, pero convencí al doctor Sheridan diciéndole que era amigo de...

Stuart, como si se recreara en la conversación, como si se divirtiera contemplando los rostros asustados de los tres personajes que tenía ante sí hizo una larga pausa. Siguió:

—Le dije que era amigo de John Grayson.

CAPÍTULO XX

Fox dio un paso hacia delante. Stuart amartilló su revólver apuntándole con mano firme:

—¡Quieto, Fox! ¿O prefieres que te llame por tu verdadero nombre? Johnny Grayson, mi amigo Johnny Grayson...

Fox bajó los ojos. Era un hombre vencido, derrotado.

—Johnny Grayson —siguió Stuart—. ¡Habíamos hablado tantas veces por teléfono...! ¿No recuerdas, Johnny? Muy a menudo hablábamos quedamente porque nos sabíamos rodeados de enemigos... Una voz no se borra fácilmente. Y esa voz..., esa voz amenazadora sólo podía ser la tuya, pero los muertos no hablan, no vuelven... Sólo que tú no habías muerto. No había trece pasajeros en aquel avión, sino doce... Saliste en el último momento, quizá utilizando la puerta de emergencia, eso es ya lo de menos. Saliste sin que nadie pudiera percatarse de ello. Dejaste solo a Lamont con tus documentos... Todos tus efectos personales los llevaba él seguramente sin sospecharlo. ¡Claro que faltaba un cadáver! El tuyo. Tú ya te habías forjado un plan... Recordaste a Sheridan y a su padre, un especialista en trabajos de cirugía estética... —Se volvió hacia Sheridan y añadió—: Su padre merece ser felicitado. Hizo un trabajo perfecto, incluso logró cambiarle ligeramente la voz, pero conseguí reconocerla. Fue mi único dato, mi única sospecha. Faltaba un cadáver, y el de Lamont no podía ser. Yo no hubiese podido reconocer la voz de Lamont porque nunca había hablado con él y ni siquiera le conocía. Por tanto solo podías ser tú.

Sheridan se levantó de la cama:

—Está bien, Gordon... Yo también lo sabía. Fui a ver a mi padre y hablando de varias cosas me dijo lo de Grayson. Fue pura

casualidad. Yo entonces ya conocía a Jane, me había enamorado de ella.

—¿Y ella sabe...? —empezó Stuart.

—Sí... No podía ocultárselo. Se lo dije. Casi se volvió loca. Le buscamos, pero no teníamos la menor pista y desconocíamos su nuevo rostro. Pero Jane estaba segura que quería vengarse, que quería matarle. Y ella deseaba impedir que su hermano se convirtiera en un asesino... Usted, por entonces viajaba constantemente, por otra parte mi padre me dijo que las operaciones de esa índole tardan en cicatrizar, no es tan fácil como la gente cree. Sólo pudo describirme sus nuevas facciones, pero nada más... Al fin supimos que usted estaba en Londres y vinimos precisamente para impedir que se consumara el asesinato, porque imaginamos que él estaría aquí...

—¿Y por qué no me lo dijeron anoche? —inquirió Stuart.

—Por Jane. No quería delatar a su hermano.

—Y sin embargo, él empezó toda esa comedia cuando ustedes llegaron, quizá para hacerles recaer todas las sospechas.

—Te equivocas, Stuart —adujo John Grayson—. Fue pura coincidencia.

—¿De veras? Entonces..., ¿por qué no empezaste antes esa comedia?

—Gasté todo mi dinero en la operación. Necesitaba ganar, hice muchas cosas hasta conseguir la licencia de detective privado... Quería que todo sucediera en Estados Unidos, habría encontrado a alguien que te recomendara a mí... Pero cuando pude hacerlo te perdí la pista. Tardé mucho tiempo en averiguar que estabas en Londres, luego tuve que renovar mi licencia.

—Pudiste haberme matado en cualquier momento.

—Demasiado fácil, Stuart... Un disparo es poco para matar a un asesino.

—Yo no maté a Stella, bien lo sabes, Johnny. Yo no rompí la dirección del coche. Fuiste tú.

—Sí. Fui yo... Pero lo prepararé todo para ti. Tú tenías que ser el muerto. ¿Comprendes? Quería matarte. Stella tenía que ser mía porque yo no la quería por su dinero...

—Y la mataste a ella...

—Yo no tuve la culpa de que ella tomara el «Jaguar» aquella

mañana.

—La mataste, Johnny. La mataste. Yo la amaba. La amaba con toda mi alma... Y desde el primer instante sospeché que tú eras el culpable, pero fingiste tu muerte y ya no podía acusarte...

—No importa. Aquello fue un accidente, un error que quise subsanar acabando contigo.

—Lo siento, Johnny, porque ahora va a ser al revés.

—¡No lo haga! —exclamó Sheridan—. No tiene pruebas. Tendría que matarnos a los tres.

—Es exactamente lo que voy a hacer. A Johnny por asesino, y a Laura y a usted por cómplices...

—No le servirá de nada. Jane le delatará. Ella sabe que yo estoy aquí.

—Pero en cambio nadie sabe que estoy yo...

Laura tragó saliva:

—Usted no es mejor que nosotros... Yo no sabía nada de esto. Fox, o Grayson o como se llame me engañó, me dijo que todo era una trampa para llevarle a la justicia, pero usted es un asesino de verdad.

—Un verdugo que hace justicia.

Stuart apuntó con firmeza a Johnny.

—¡Espere! —gritó desesperadamente Sheridan—. Confesaré... Diré la verdad... Lo diré todo.

Stuart sacó del bolsillo izquierdo de su chaqueta unos papeles.

—Voy a daros una oportunidad. —Tiró los papeles sobre la cama—. Son sus declaraciones. Firme cada uno la suya.

Sheridan leyó por encima, estaba nervioso. Stuart puntualizó:

—La suya dice que estaba enterado de que John Grayson vivía y que sospechaba con fundamento que su operación de cirugía estética la proyectó con el fin de asesinar me impunemente.

Sheridan dudó unos instantes y firmó.

Laura tomó la pluma con mano temblorosa.

—Usted —dijo Stuart—, se acusa de cómplice de John Grayson, alias Donald Fox.

Johnny firmó la suya sin leer.

Stuart guardó de nuevo las tres declaraciones firmadas. Recaló hacia la puerta.

Laura de repente tuvo una idea:

—¿Y Peggy?

—¡Oh, se me olvidaba! —sonrió Stuart—. Cuando la hice venir al Garden Club, fue con el exclusivo objeto de que alguien la sacara de su casa. No la creía demasiado segura allí. Igual que las llamadas que recibí en su presencia, Laura... Las hizo alguien en mi nombre para que usted no sospechara y usted, naturalmente no podía saber que eran falsas, puesto que si no era Johnny quien me llamaba podía ser Joe... Joe era quien me llamaba cuando «el detective Fox» estaba conmigo, y así se hallaba a cubierto de toda sospecha. En fin, señores... Ahora ya tengo lo que quería.

Sin añadir palabra, Stuart abrió la puerta sin dejar de encañonarles y la cerró tras sí.

—Hay que recuperar esas declaraciones —exclamó Grayson—. Yo me juego el cuello y vosotros un puñado de años a la sombra.

Instintivamente los tres se lanzaron hacia la puerta.

Johnny fue el primero en abrirla, pero no pudo llegar a cruzar el umbral.

CAPÍTULO XXI

Dos policeman de uniforme les cerraron el paso y entre ellos el hombre alto y corpulento con quien se entrevistó la noche anterior Stuart Gordon en el Garden Club.

—Inspector Godard, de Scotland Yard, quedan los tres detenidos en nombre de la Ley.

Antes de que ninguno del trío pudiera reaccionar, el inspector añadió:

—Todas sus conversaciones han quedado grabadas en cinta magnetofónica. Además —sacó tres papeles del bolsillo—, aquí están sus declaraciones firmadas. En cuanto a usted, señor Sheridan, lamento informarle que su esposa ha sido también detenida.

El superintendente en persona escuchó los alegatos de los tres acusados. Especialmente el de Johnny Grayson.

—No pueden repatriarme... Cometí un asesinato en Londres. Anoche. El hombre muerto en el Támesis. Yo le empujé después de golpearle... No pueden expatriarme. Me acojo a la justicia inglesa.

—En primer lugar —puntualizó el superintendente—, usted entró en nuestro país con nombre y documentos falsos, en segundo lugar nuestros colegas americanos nos reprocharían que administráramos justicia a uno de sus ciudadanos teniendo en cuenta que el delito del que se acusa ha sido cometido con posterioridad al asesinato masivo que provocó sabotando a cierto avión, y por último, señor Grayson, ya tenemos el culpable del hombre que según usted asesinó... Es decir, no hay culpable. Nuestros peritos han demostrado que se trata de un accidente.

—¡No es verdad! Yo le maté... Lo juro, yo le maté...

Las desesperadas exclamaciones de Johnny eran para evitar la extradición, puesto que si le mandaban a Estados Unidos, nadie le libraría de la cámara de gas.

—Se equivocan —insistió enérgicamente—. Yo le maté.

—¿Tiene pruebas?

—Le golpeé.

—¿Con qué?

—Con un palo... Hay muchos por allí... Un palo grande. Le di en la cabeza.

—¿Le vio alguien?

—Claro que no. Me aseguré que...

—Señor Grayson, desde que el señor Stuart Gordon sospechó la posibilidad de que usted fuese quien realmente ha resultado ser, según propia confesión, nos hemos puesto en contacto con su FBI

, cuyo inspector jefe de la división de San Francisco nos pidió su inmediata extradición, lo cual confirmó a través de la Interpol por teletipo. Nuestro deber de amigos y aliados de su país es entregarle al

FBI

. —El superintendente hizo una seña al inspector Godard que se dirigió hacia la puerta para dar entrada a un par de hombres que mostraron sus credenciales pertenecientes al Buró Federal de Investigación de Estados Unidos de América.

—Grayson —dijo uno de ellos—, tenga la bondad de acompañarnos.

De aquel asunto no se hizo la menor publicidad. No hubo escándalo para los negocios de Stuart Gordon.

El último capítulo de la historia quedaría archivado en el Yard y en el

FBI

, y en la mente de Stuart Gordon.

Peggy, en el apartamento de Stuart, también conocía los últimos detalles:

—¿Habló Grayson de la carta que mi hermano había depositado en el Banco y que debía recoger yo en caso de su muerte?

—Fue Sheridan...

—¿El robó la carta?

—Mandó a alguien por ella.

—¿Y qué decía?

—Era una pista contundente. Tu hermano sospechaba que Grayson una vez terminado su plan lo eliminaría para deshacerse de su único testigo, se denunciaba a sí mismo como cómplice y acusaba a Grayson del asesinato de Stella y además, hablaba del doctor Sheridan. De que Grayson había ido a verle... Esa carta habría simplificado bastante las cosas.

—Es verdad —murmuró ella cabizbaja.

—No pienses más en esto, Peggy. Ya no tiene remedio.

Tras un silencio, Stuart volvió a su trabajo que consistía en llenar una cartera con documentos.

Peggy se acercó:

—¿Y a los Sheridan, qué les va a ocurrir?

—No soy abogado, Peggy, pero imagino que también tendrán que pagar su parte de culpa. Sabían que John Grayson vivía y lo ocultaron, y eso les hace automáticamente encubridores.

—¿Y Laura?

—Quizá es la que salga mejor librada. Ella en realidad me creía culpable y no pensó nunca que Grayson quisiera asesinarme. Creyó de buena fe que trataba de asustarme para que yo confesara.

—Yo... Yo siempre pensé que estaba celosa.

—¿Celosa?

—Sí. De mí. Es una tontería... Yo sólo soy una chica insignificante, pero ella... Me parece que estaba enamorada de usted.

—Pues tuvo un extraño modo de demostrarlo. En fin..., olvidemos todo esto.

—Señor Gordon...

—¿Qué?

—Gracias por haberme ayudado.

—Estamos en paz.

—Pero si yo no hice nada...

—Pero al hablarme de Sheridan hiciste forzar mi imaginación.

—Casualidad...

—Tal vez...

—Señor Gordon —murmuró ella como si no se atreviera a

levantar la voz.

—¿Qué quieres?

—Usted quería mucho a su esposa, ¿verdad?

—Sí, Peggy. Mucho.

—¿Cuándo se marcha, señor Gordon?

—Esta noche.

—Me gustaría volver a Estados Unidos.

—Ya Jo he pensado.

—¿De veras?

—He comprado dos pasajes.

—¿Uno... para mí?

El sonrió.

—¡Oh, señor Gordon...! Es usted, es usted...

—Necesito una secretaria.

—¿Y ha pensado en mí?

—He pensado que... Es muy desagradable vivir siempre solo.

—¡Señor Gordon!

—Me llamo Stuart.

El impulso de Peggy fue el de una niña, pero su abrazo y el beso en la boca que devolvió a Stuart fue de auténtica mujer, de mujer enamorada, apasionada...

Ninguno de los dos se dio cuenta de que la puerta del apartamento se abría lentamente. Quien quiera que fuese que la empujaba lo hacía con todo sigilo.

Ellos seguían abrazados.

—Stuart... Creo que me enamoré de ti desde el primer momento —murmuró ella.

—Y yo, cuando te vi asustada. Pensé que una chica tan alegre no merecía vivir con el miedo en el cuerpo. Bueno... No sé..., quizá te vi distinta de las demás.

—¡Oh, Stuart! ¡Y yo que creí que me habías citado en tu apartamento para darme instrucciones! ¡Ahora tendré que ir a recoger mis cosas!

—Hay tiempo —murmuró él abrazándola de nuevo.

La puerta se había abierto por completo y los pies del hombre avanzaban lentamente por el alfombrado *hall*.

Por la calle un voceador de periódicos gritaba:

—Peligroso asesino se fuga en el aeropuerto... Lean el

sensacional reportaje. Un americano escapa burlando a los dos inspectores del

FBI

que lo conducían. Sensacional reportaje de última hora.

CAPÍTULO XXII

Stuart y Peggy se volvieron sorprendidos.

—No se asusten —dijo el hombre.

—¡Godard! —exclamó Stuart al reconocerle.

—La casa está rodeada. No podrá escapar, yo vi la puerta abierta y...

—¿A qué se refiere? ¿No le comprendo?

—¿No se ha enterado? Grayson ha conseguido escapar. Sabe que lo tiene todo perdido y podemos dar por seguro de que tratará de matarle.

—Pero... ¿Cómo es posible?

—Ha sido en el aeropuerto. Los agentes no pudieron disparar para no herir a la gente.

—Pero va esposado...

—Es posible que no. Ha robado en una armería y un cerrajero ha sido asesinado. Es muy rápido.

—Sí. Siempre lo fue —murmuró Stuart.

—No se muevan de aquí. Tarde o temprano aparecerá.

—No mientras la casa esté vigilada —replicó Stuart—. Es mejor que ustedes protejan a Peggy. Llénenla al aeropuerto. En Heathrow.

—No, no quiero dejarte —protestó ella.

—No quiero que corras riesgos. Conozco bien a Johnny. Sé cómo atraparle.

Godard dudó.

—Haga lo que le digo, inspector... No vamos a dejar pasar las horas esperando.

—Déjenos actuar a nosotros.

—Lo haré si protegen a Peggy.

—Está bien... ¿Qué piensa hacer usted?

—Sólo hay un modo de atraerle —dijo lentamente Stuart.

Peggy salió acompañada de dos policías de uniforme y un agente del Yard.

Godard había abandonado el apartamento de Stuart.

También los policías que acordonaron la calle habían desaparecido.

Stuart se sirvió un *whisky*. Junto al vaso tenía su revólver «Colt» del calibre 38.

Las cortinas estaban echadas, las persianas bajas sumían toda la estancia en la oscuridad, únicamente iluminada por una lámpara de pie de escasos vatios.

Stuart tomó su *whisky* tranquilamente. Luego guardó su revólver en el bolsillo, apagó la luz y salió del apartamento.

Utilizó el ascensor que iba directamente al garaje, situado al sótano del edificio. Allí, entre otros coches estaba su «Rolls».

Subió y colocó su revólver en la guantera. Puso el motor en marcha y maniobró para sacarlo del garaje.

Godard salió de detrás de una columna:

—Lo que va a hacer es peligroso, Gordon. Yo no puedo hacerme responsable.

—Escuche, Godard. ¿Le interesa cazar a Grayson sí o no?

—Es mi deber, pero sus compatriotas del

FBI

opinan igual que yo.

—No olvide, Godard, que conozco bien a Grayson. Sé sus métodos, sus argucias. No saldrá de su escondite hasta que esté seguro de que nadie me vigila. Y sólo hay un sitio donde haya podido esconderse.

—¿Dónde piensa usted?

—Eso es cosa mía...

—Oiga, Gordon, usted no puede tomarse la justicia por su mano. Dígame dónde es ese sitio que supone se encuentra Grayson.

—Lo siento, inspector. —Y Stuart encendió un pitillo, al tiempo que ofrecía uno a Godard.

—Yo prefiero mi pipa, gracias.

Stuart encendió una nueva cerilla que arrancó de la carterita de

fósforos y la ofreció al policía.

Mientras éste daba chupadas a su pipa se fijó en las dos únicas palabras escritas en el reverso de la carterita. Con un gesto casi imperceptible dio a entender que había comprendido.

Stuart sonrió agregando:

—No trate de seguirme, Godard. Deje que lo haga él. ¿Cuántas balas tiene el cargador de la automática que ha robado?

—Ocho.

—Le aseguro que si está donde creo, se las haré gastar, luego sólo tendré que usar mí «Colt» que llevo en la guantera... Pero no tema. Será únicamente para retenerle, cuando esto suceda les llamaré por teléfono para que lo detengan de nuevo.

—Está bien, Gordon. Usted gana. Nadie le seguirá.

Stuart puso en marcha el coche mientras el inspector quedaba pensando en las dos palabras que previamente había anotado en la carterita de fósforos Stuart Gordon.

Ya en la calle, Stuart dio un par de vueltas por la ciudad como si quisiera despistar a la policía y cerciorarse a la vez de que nadie le seguía.

Entretanto Godard hacía una llamada a todos los coches patrulla:

—Hagan exactamente lo que les digo.

La voz del locutor pasó la orden. Todo estaba en marcha, pero Stuart seguía siendo el cebo.

Enfiló al fin una de las carreteras secundarias del aeropuerto. La menos concurrida.

Se detuvo lejos ya de la ciudad, cerca de un pequeño lago rodeado de sauces y acacias.

El paisaje era desierto. La luz diurna se extinguía por momentos pero todavía era posible distinguir las cosas.

Un letrero: «Private Lake».

Nadie sabía exactamente quién puso al pequeño lago el nombre de privado puesto que no había ninguna cerca ni cotage cercano y por demás solía ser punto de reunión de algunas parejas, especialmente por la noche. Ahora, sin embargo, estaba desierto.

El lugar era muy cercano al restaurante donde días antes comieron juntos Stuart y Grayson, sólo que había tomado una carretera distinta.

Stuart se apeó del «Rolls» y se acercó a uno de los sauces, como si esperase algo. Sacó una pitillera y de espaldas al coche tomó un cigarrillo y lo encendió.

El portaequipajes del «Rolls» se abrió lentamente.

Stuart pudo ver perfectamente por el espejo que formaba la pitillera como Grayson salía con todo sigilo con la automática en la mano.

Esperó unos segundos. Enseguida la voz de su enemigo exclamó:

—Esta vez te equivocaste, amigo.

Instintivamente Stuart buscó la protección del árbol, mientras Grayson apretaba el gatillo. Tres balas se incrustaban en el sauce.

—Te cazaré como un conejo, Stuart —gritó Grayson.

Rápidamente Stuart cambió de posición, mientras dos nuevas balas buscaban su cuerpo.

Grayson le perdió la pista:

—Sé que estás desarmado. Te encontraré...

—Sólo te quedan tres balas —dijo desde algún sitio Stuart.

—Pero olvidaste tu revólver en la guantera.

Stuart tiró una piedra a un lado y automáticamente tres balas buscaron el lugar.

Stuart soltó una carcajada:

—Has caído como un principiante.

Ofuscado Grayson abrió la puerta del «Rolls» y sacó de la guantera el revólver de Stuart.

—Te mataré, te mataré —exclamó.

De pronto una luz cegadora le hizo entornar los ojos.

Varios focos surgían de entre los setos. Eran los coches de la policía.

Grayson, enloquecido comenzó a disparar contra la cegadora luz.

Stuart salió de su escondite y avanzó hacia Grayson:

—No te esfuerces, Johnny... Esas balas no matan. Es sólo pólvora.

Grayson vació inútilmente el cargador contra Stuart y comprendió que era verdad.

Godard, al frente de otros agentes y de los hombres del FBI cercaron al asesino.

—Usted sabía que estaba en el portaequipajes —dijo sí inspector a Stuart.

—Sólo lo imaginaba... En Katanga utilizamos una vez ese truco. ¿Verdad, Johnny?

—Debió decírmelo...

—Corría el riesgo de que disparara antes que usted, inspector... Conozco a Johnny y sé cuán rápido es, por eso le anoté el nombre de este lugar en la carterita de fósforos. Me pareció el sitio más indicado para atraparlo...

Grayson miró largamente a su enemigo:

—Tú ganas, Stuart.

—Es la victoria más amarga que he obtenido, Johnny... Llegaste a ser mi mejor amigo, lástima que tu talento no lo hayas empleado en algo más fructífero que en una venganza sin razón de ser.

—Quizá tengas razón... Por lo menos has vengado la muerte de Stella.

EPÍLOGO

El asesino fue ejecutado en la cámara de gas el 21 de noviembre de 1967. En la prisión de San Quintín.

Los periódicos de toda la nación dieron cuenta del acto de justicia celebrado aquel día.

Sus cómplices estaban en presidio, igual que Laura, y los Sheridan.

Pero ni Peggy ni Stuart pensaban en tales cosas.

Ellos estaban altos, muy altos... Estaban en la Torre Eiffel. París iluminado era un ascua de luz.

Peggy era feliz y con su amor por Stuart llegaría a hacerle olvidar las horas amargas.

Ya había empezado a conseguirlo en aquellos primeros y maravillosos días de su luna de miel.

Alguien tras ellos les observaba. Se acercó decididamente y alzando la voz exclamó:

—¡Arriba las manos!

—¿Eehh? —exclamaron casi a coro Stuart y Peggy.

El hombre que estaba ante ellos sonrió.

La pareja lanzó un suspiro y sonrieron a su vez.

—¡Carrington! —exclamó Stuart—. Ya es mayorcito para gastar esas bromas. ¿No le parece?

—Nunca se es viejo si el corazón es joven... Yo también tengo derecho a pasarlo bien... Como usted, Gordon... Por eso me birló a mi secretaria, ¿eh?

—Nos hemos casado, señor Carrington —aclaró ella.

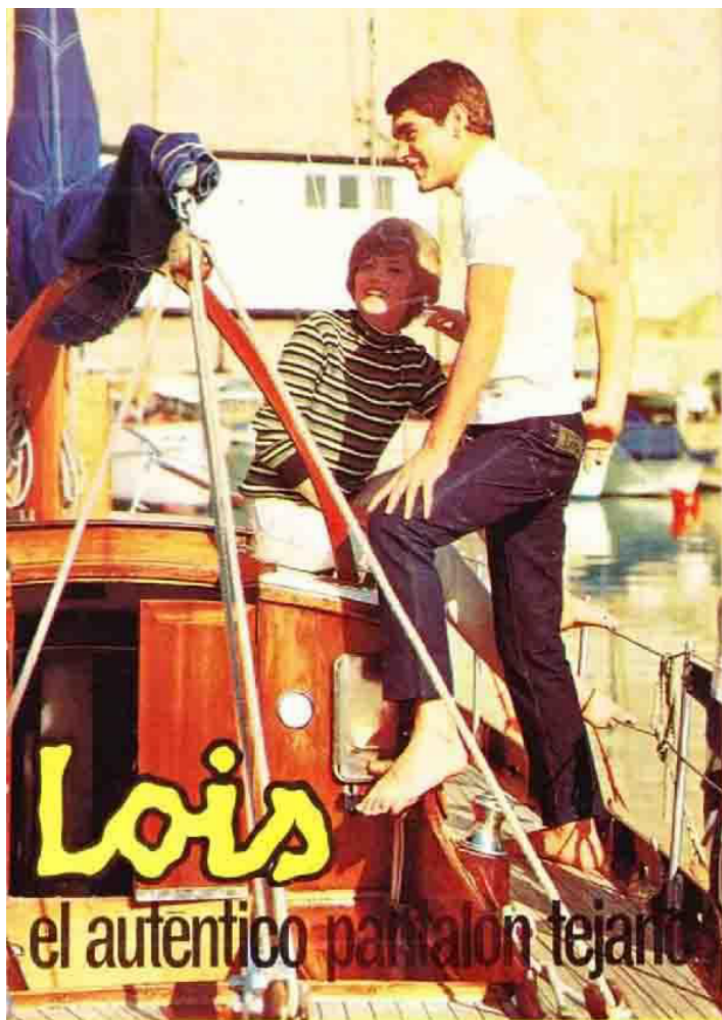
—¡Oh! Bueno... Debí suponerlo. Enhorabuena...

—¿Y qué demonios hace usted en París? —inquirió Stuart.

—¡Oh! Los negocios. Siempre los negocios —y el educado viejo de corazón joven guiñó un ojo al tiempo que besaba la mano de la

novia—. Señora Gordon, que su felicidad sea eterna.
Y les dejó solos, porque solos deseaban estar.

F
IN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

